

NIEBLA MORTAL

LAW SPACE

NIEBLA MORTAL

Niebla mortal

por

Law Space



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 12.209 – 1959

Registro núm. 4.157 - 59

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



O hay roce en las toberas?

Fred se volvió hacia el piloto. Estaba tan ensimismado que no había oído la pregunta de su compañero.

—¿Decías? — inquirió a su vez.

—Te estaba preguntando que si no hay roce en las toberas.

—¿Por qué lo piensas?

—Es la segunda vez que tengo que modificar el rumbo. No olvides qua estamos en el espacio y que ninguna otra causa puede provocar este cambio de derrota.

—¿Qué podemos hacer?

Alan sonrió.

—¡Vaya pregunta! Ni que fueses uno de esos profesores despistados que llevamos a bordo... ¿Qué podemos hacer? ¡Salir y mirarlo!

Fred Farrell no pudo evitar un estremecimiento.

La sola idea de tener que vestir la escafandra espacial le ponía enfermo. Cuanto más el tener que salir fuera, expuesto a los mil peligros que acosaban en el exterior de la astronave.

—¿Crees, en verdad, que debemos hacerlo? Es posible que no sea nada, después de todo.

Alan Dalt no se dio cuenta de que era el miedo lo que hacía hablar de aquella manera a su compañero. Estaba, a su vez, absorto en el problema y contrariado por el desvío que sufría la astronave.

—Voy a ir a echar una ojeada — dijo, incorporándose del cómodo y mullido sillón —. En seguida vuelvo.

En cuanto Alan salió de la cabina, el copiloto exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

Entre tanto, Dalt recorría el pasillo central, avanzando hacia la popa del astrocohete. Allí estaba la cámara de los trajes espaciales y, al mismo tiempo, la exclusa de salida.

—¡Hola, señor Dalt!

Se volvió, hacia una de las salitas, cuya puerta estaba abierta. Bajo el dintel, una muchacha extraordinariamente bonita, de larga cabellera rubia y ojos azules, le miraba sonriente.

Era la periodista de la expedición, directamente enviada por el «New Space», de Nueva York.

—Buenos días, señorita Cowerland. ¿Qué tal va el viaje?

—Magnífico, pero un poco aburrido. ¡Tengo unas ganas de llegar a Venus!

—Todos tenemos ganas.

—Usted tomó parte en la primera expedición, ¿verdad?

—Sí — sonrió—. Pero la verdad es que no estuvimos más que seis horas en el planeta. Las suficientes para darnos cuenta de que la atmósfera era respirable, aunque un poco fatigosa y coger unos cuantos minerales.

—¿Es... bonito?

—¿Venus?

—Sí.

Alan se pasó la mano por los cabellos castaños.

—Verá usted. Ya le he dicho que no tuvimos mucho tiempo para hacernos cargo de la belleza o la fealdad de aquel mundo. Aterrizamos, o «avenusiamos», como quiera — agregó, con una sonrisa —, en un lugar cubierto de enormes helechos. La humedad era intensa y quizá sea aquello lo que procura fatiga al menor esfuerzo. Tuvimos que ponemos las escafandras.

—¿Había animales?

—No vimos absolutamente ningún ser vivo, a no ser esos helechos de los que acabo de hablarle.

—¡Qué emocionante!

—Ahora debe perdonarme, señorita...

—¿Sería mucha curiosidad saber dónde va usted? ¿A dormir un poco?

—No. Y aunque, en efecto, es mucha curiosidad, no se trata de ningún secreto trascendental: voy, sencillamente, a ver por qué rozan las toberas.

—¿Rozan las qué?

—Las toberas. La nave se desvía un poco, muy poco.

Y eso debe de ser debido, según supongo, a que el chorro de energía que sale de las pilas atómicas choca con alguna plancha y produce un impulso que

modifica el rumbo del aparato.

—¿Es grave?

—En absoluto, pero hay que evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque tendríamos que modificar el rumbo constantemente, a expensas de la otra pila, perdiendo una energía que podemos ahorrar, ¿entendido?

Ella sonrió, de una manera encantadora.

—Es usted un profesor formidable, comandante.

Y para arreglar eso, ¿qué tiene que hacer?

—Yo soy un profesor formidable, pero usted es una alumna tremenda. Para arreglar eso hay que salir fuera de la astronave, marchar por el pasadizo que corre por encima, descolgarse por las escalerillas auxiliares y, probablemente, quitar un par de planchas laterales a la tobera de la izquierda. ¿Satisfecha?

—Completamente.

—Entonces, con su permiso...

E iba a alejarse cuando ella le retuvo por la manga.

—¡Comandante!

—Diga.

La mirada de la muchacha se hizo suplicante.

—¡Déjeme ir con usted! Será un reportaje maravilloso...

—¿Ha perdido la razón? ¿Qué diría la gente cuando se enterase que el comandante del «Ícaro» había dejado salir a una pasajera fuera de la astronave? Para usted, evidentemente, sería un éxito periodístico; pero, para mí, señorita Cowerland, sería una reprimenda formidable.

—Entonces no escribiré nada.

—¿Qué quiere decir?

—Que le doy mi palabra de que no haré ningún reportaje de nuestra salida al exterior.

Él no pudo por menos de reír.

—De nuestra salida exterior, ¿eh? ¿Lo consigue todo en la vida, señorita?

—A veces. ¿Por qué?

—Porque se permite hablar de «nuestra salida» como si supiese que voy a permitírselo.

—¿Entonces...? — y sus ojos brillaron como ascuas.

—Sí, amiga mía: voy a dejar que me acompañe.

Después de todo, los peligros no son enormes. Pero ha de volver a prometerme que no publicará nada de esto.

—¡Lo prometo!

—Venga, sígame.

Atravesaron el astrocohete, penetrando poco después en la sala de los espacio-trajes. La muchacha sabía perfectamente cuál era el suyo, ya que habían hecho largas semanas de ejercicios antes de salir de la Tierra, de manera que pudiesen utilizar todo el material necesario sin necesidad de ayuda.

Antes de ponerse el casco transparente, que envolvía la cabeza, el comandante:

—Voy a atarle un cable a la cintura, señorita.

—¿Para qué?

—Para estar seguro de que no va a dejamos en pleno espacio.

—¡Oh, no tenga miedo!

—No lo tengo, pero tampoco olvido que un hombre precavido vale por dos.

Colocó el cable de «perlón», atándolo a su vez a su propio cinturón; después, con un gesto, le indicó que debía ponerse la escafandra, haciendo él lo mismo. Luego, antes de pasar a la cámara estanca, repasó la escafandra de la muchacha, comprobando que estaba herméticamente ajustada al cuello metálico del traje.

—¿Cómo va eso? — inquirió por el micrófono.

Ella sonrió al decir:

—Bien.

—¿Respira con facilidad?

—Sí.

—Vamos entonces...

Pasaron al compartimento estanco y, tras haber cerrado la puerta que lo ponía en comunicación con la sala de astro-trajes, Alan pulsó el botón que abría la compuerta exterior. Ésta se corrió, sobre sus rieles de cremallera y el espacio apareció ante ellos.

Adelantándose, el piloto y comandante se asomó, agarrándose a la barra de ascensión que había a la izquierda. Inmediatamente subió por ella, aprovechando la falta de peso.

Diana Cowerland le siguió.

Una vez sobre el cuerpo del astrocohete, siguieron el pasadizo delimitado por las barras de sujeción, caminando perfectamente hacia popa.

El espectáculo desde allí era impresionante.

Diana, que nunca lo había visto, se percató en seguida de la negrura indescriptible del espacio. Las estrellas, brillantes como nunca, se veían en relieve, distinguiéndose, en el firmamento, las que estaban más cerca del resto con una gran precisión.

No era lo mismo que ver aquello desde el interior de la nave. El aire de dentro, aunque no formase más que una delgadísima capa, impedía saborear

con plenitud aquel espectáculo impresionante.

—¿Le gusta?

—¡Es maravilloso! No sabe cuánto le agradezco que me haya dejado acompañarle.

—Recuerde su promesa, señorita curiosa.

—Sí.

Habían llegado a la parte posterior del cohete.

—Quédese aquí y no se mueva.

—Bien.

—No tardaré mucho.

Separándose de la joven, Alan se dejó deslizar por las barras que normalmente, cuando había atmósfera, servían para el control de los enormes timones de profundidad y altura del «Ícaro». Ahora, en el vacío casi absoluto, aquellos timones no tenían ninguna utilidad.

Detuvo su marcha un poco antes de las toberas, viendo las largas lenguas rojizas que salían de los tubos. Alcanzaban muy bien los cuarenta metros y el caer sobre ellas hubiese significado convertirse en una simple pavesa, ya que en su centro la temperatura pasaba de los tres mil grados centígrados.

Alan vio en seguida que la tobera de la izquierda producía una llama más corta y más rechoncha que la otra. No se había equivocado al pensar que alguna plancha, torciéndose, impedía una evacuación perfecta de los productos desintegrados por la pila.

Descendiendo un poco más, se asomó prudentemente al borde de la tobera.

A pesar del frío interestelar, sintió una oleada de calor al acercarse. Era, lo sabía, como un volcán en plena actividad. Y a pesar de que no oyese absolutamente nada, no sólo porque iban muchísimas veces más aprisa que el sonido, sino porque el sonido no existía en el espacio, pensó en el rugido espantoso que aquellos dos chorros de fuego hubiesen producido en cualquier sitio con atmósfera.

La plancha, lo descubrió un poco después, estaba ladeada hacia adentro y aunque el fuego la había consumido en parte, su material especial, a prueba casi total de combustión, seguía resistiendo el lamido formidable de aquella lengua rojiza.

En un periquete montó las pinzas magnéticas que había cogido en la nave, orientando la «mano» mecánica hacia los remaches que sujetaban la plancha. Aquel aparato no hacía más que convertir los gestos de la mano humana en otros, idénticos, pero con una fuerza diez mil veces mayor. El convertidor magnético se encargaba de disparatar la fuerza sencilla de los dedos del que lo manejaba.

Al apretar, como lo hubiese hecho para saltar un tapón corriente, los remaches se hundieron, saliendo por el lado inferior. Momentos más tarde, la plancha se desprendía, separándose de la astronave, a la que acompañaría

durante todo el viaje, pero dejando libre el chorro que surgió, repentinamente, tan recto e imponente como su compañero de la derecha.

El rumbo sería ahora normal.

Entre tanto, mientras Alan realizaba su trabajo, Diana curioseaba en la parte superior de la escalerilla, mirando hacia todas partes y sintiéndose hondamente impresionada por la tremenda soledad que la envolvía.

Nunca se había sentido tan lejos de todo como en aquel instante.

Le parecía como si estuviese abandonada en medio del espacio. Y, por primera, vez, experimentó la amargura y la angustia de la pequeñez de los seres humanos ante la inmensidad del espacio.

Aquello era el verdadero infinito.

Todo estaba tan silencioso, tan rigurosamente inmóvil, que parecía que la vida fuese algo raro, desprovisto de realidad allí. Su propia vida no era más que una minúscula e imperceptible contradicción ante la serenidad de los astros, mil millones de veces milenarios.

Lo verdaderamente curioso es que allí no podían servir los conceptos válidos del interior de la astronave o de la Tierra. No había ni «arriba», ni «abajo». Ni «derecha», ni «izquierda».

Curiosa, se acercó al borde de la astronave, lejos de las barras dorsales, para echar una ojeada a lo que ella sentía como «abajo», aunque en realidad, no podía decirse que fuera eso.

Sonrió al pensar en el efecto que le haría contemplarse desde algún otro sitio, con la cabeza para abajo, andando sobre la astronave como normalmente veríamos nosotros andar una mosca por el techo de nuestra habitación.

Inclinándose, contempló las estrellas que había más allá de sus pies. Y el cielo le pareció igual en todos los sentidos.

Fue entonces cuando resbaló.

En realidad, si hubiese tenido una remota idea del lugar al que se había dirigido, no hubiera dejado de observar que nada más apartarse de la línea de las barras dorsales, la superficie de la astronave se incurvaba peligrosamente y que debía haber caído mucho antes.

Pero la verdad es que no cayó.

Impulsada por una fuerza misteriosa, su propia aceleración, se vio lanzada fuera de la superficie del astrocohete, quedando flotando a una cierta distancia, cuando el cable tiró dé ella, impidiendo que se separase más del aparato.

No tuvo ni fuerzas para lanzar un grito. Estaba muy asustada.

¡Ahora sí que podía darse cuenta de lo que era la soledad de un ser en medio del espacio!

Un escalofrío de horror recorrió su espalda, aunque no pudo pronunciar ni una palabra.

En la popa, Alan, mientras subía por la escalerilla soldada a la astronave, notó que el cable tiraba de él, no con mucha fuerza; pero, comprendiendo inmediatamente lo que podía haber ocurrido, fue recogiéndolo al tiempo que subía hacia las barras a la máxima velocidad que le permitía su pesado traje espacial.

Al llegar arriba, vio el cuerpo de la muchacha que flotaba en el vacío.

Comprendió lo sucedido.

¡Se merecía aquel susto!

Su curiosidad profesional, además de la que por ser mujer la pertenecía, la habían llevado a aquella ridícula posición. Y Alan, que sabía que aun sin cable no le hubiese ocurrido nada grave, a no ser que cayese por la parte posterior, sobre el fuego que salía de las toberas, no pudo por menos de sonreír.

—¡Señorita Cowerland! — llamó por el micrófono de su casco.

Y la voz asustada de ella le llegó al instante para comunicarle:

—¡Estoy aquí, comandante, en el espacio! ¡Me he caído!

—¿Dónde dice usted que está? —inquirió él, haciendo como si no la viese.

—¡Estoy aquí, en el espacio! ¡Sáqueme de este horrible lugar! ¡Por lo que más quiera, señor Dalt! ¡Sálveme!

—Sí, ahora la veo... —rio Alan —. ¿Cómo se viaja ahí, señorita curiosa?

Ella suplicó:

—¡No sea cruel, comandante! ¡Estoy medio muerta de miedo!

Empezó él a tirar del cable y momentos después ayudaba a la asustada muchacha a incorporarse a su lado.

Tartamudeó:

—¡Qué susto, Dios mío!

Él sonrió al decir:

—Le está bien empleado.

—¿Cómo puede usted tener el humor de reírse aún, comandante? ¿Es que no se da cuenta del peligro que he pasado?

—¿Peligro? ¡No exageremos, por favor! Su cuerpo, debido a la aceleración de la caída, se separó un poco, hasta que el cable la retuvo.

Ella meditó unos segundos.

—¿Y si no hubiese habido cable?

—Pues se hubiera alejado un poco más, hasta llegar a un equilibrio de gravitación con la astronave. Ya lo sabe usted: ... es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de las distancias. ¡Se hubiese convertido en un satélite del «Ícaro».

—¡No le veo ninguna gracia!

Y como él riese, sin poderse contener, ella exclamó, enojada:

—¡Quiero regresar inmediatamente dentro, comandante!

—Bien, vamos.

Notó, mientras se quitaban los trajes, que ella estaba muy enfadada. Y comprendió que la peor humillación que podía haberla hecho era el decirle que, en realidad, no había corrido peligro alguno.

Y era verdad.

Ella esperó que él abriese la puerta y luego, con un mohín de disgusto:

—Muchas gracias por todo, comandante.

Y avanzó, casi corriendo, por el pasillo, dirigiéndose al salón comedor situado en el centro de la astronave «Ícaro».

Alan volvió a la cabina.

—Ya está arreglado — dijo al entrar.

—¿Era lo que pensabas? — inquirió Fred.

Asintió:

—Sí. Había un trozo de chapa que torcía el chorro de la tobera de la izquierda.

Y dejándose caer en el sillón dijo:

—Voy a rectificar el rumbo. Tú puedes ir a cenar si quieres.

—¿Si quiero? ¡Naturalmente! Luego vendré a relevarte.

—No tengas prisa. Tengo para una hora.

—Como quieras.

Al quedarse solo, Alan repasó los datos de la derrota, realizando las variaciones necesarias para enderezarla y poner la nave proa a Venus.

Vio entonces que no tardarían más de dos días en llegar al planeta y —hombre precavido vale por dos —, estudió teóricamente las condiciones del próximo aterrizaje.

No obstante, mientras realizaba los complejos cálculos matemáticos, ayudado por un minúsculo cerebro electrónico, no dejó de sonreír, de vez en cuando, al recordar la aventura de Diana y su cólera infantil al comprobar que no había tenido la importancia de la aventura que, indudablemente, debía ella haber soñado.

CAPÍTULO II



L penetrar en el salón comedor, Fred notó que había algo raro, en el ambiente.

Diana estaba rodeada por el resto de la tripulación y hasta Than-shu, el cocinero y camarero chino, estaba allí, con una bandeja en la mano, algo apartado del resto, pero pendiente, como todos, de lo que la linda muchacha estaba diciendo.

Miró a Diana.

¡Cómo le atraía y qué sensación extraña experimentaba cada vez que la veía o estaba a su lado!

Al mirar luego a Dolly Sumbert, la doctora de a bordo, tuvo que convenir que también era hermosa, pero no en el grado y la manera de la otra. Dolly era una mujer espléndida, una especie de diosa fría que hubiese hecho las delicias de Fidias. Diana, por el contrario, era una encantadora criatura llena de vida, de una vida que palpitaba en ella y que, saliéndose de su propio contenido, emanaba un atractivo que tocos hombres podían dejar de sentir.

Claro que los profesores eran viejos.

Pero allí estaba John Crowdall, el mecenas, el hombre que había hecho posible aquella expedición científica, comiéndose con los ojos la deliciosa figura de la señorita Cowerland.

Aquél era «su más importante enemigo».

Fred miró el rostro de John.

No era joven y las sienes plateadas indicaban que debía de haber dejado

muy atrás la treintena; pero, de todos modos, algo emanaba de aquel rostro señorial, en lo que todo era serio y comedido, respetuoso y ceremonioso, excepto los ojos.

Porque la mirada del magnate, sobre todo en aquellos momentos, no tenía nada de la serenidad de su persona. Brillaban las pupilas como ascuas e ignorando que era observado, estaba dejando en cueros los sentimientos que, sin ningún género de duda, debía abrigar, hacía tiempo, hacia la persona de la periodista.

Fred se sintió herido.

Sabía que no podía competir en riqueza con aquel hombre que, después de todo, era el jefe supremo de la expedición. Pero contaba con su juventud, un arma formidable, para vencer y derrocar las ilusiones que Crowdall pudiese haberse hecho respecto a Diana.

Desde que él la había visto, se había sentido hondamente impresionado y dejó correr libremente su imaginación, pensando en lo feliz que sería si ella llegase a compartir los mismos sentimientos que albergaban en su corazón.

¡Si fuese él el piloto!

Porque, indudablemente, la única persona que podía imponer su criterio, incluso sobre las órdenes del señor Crowdall, era Alan que, como comandante de la astronave, poseía una autoridad y una responsabilidad quo no habían de plegarse más que ante su propia voluntad.

Si hubiera ocupado el puesto de Dalt, Fred habría ganado ya muchísimos puntos en la consideración de la muchacha, ya que hubiese sido capaz de provocar falsas alarmas, haciendo temer a todos una catástrofe, de las que después los hubiera sacado, quedando en el maravilloso papel de un héroe incontestable.

Se acercó al grupo.

Diana estaba relatando la aventura que acababa de pasar, dando una versión emocionante.

No podía evitarlo.

Acostumbrada, muy a pesar suyo, a deformar la verdad para hacer «noticia sensacional» de cualquier hecho trivial de la vida humana, ponía ahora todo el fuego de su imaginación.

—Yo sentí, de repente, que caía en el vacío y Dios sabe dónde hubiese ido a parar si el cable no me hubiese detenido en el momento preciso. Me veía ya, alejándome de la astronave, perdida en el espacio, esperando que el oxígeno de los depósitos se fuese acabando implacablemente.

—¡Es espantoso! —exclamó Steson, el físico de la expedición.

—No pueden ustedes imaginarse lo que el «Ícaro» parece desde lejos, en pleno vacío interestelar. La impresión que uno recibe al verse irremisiblemente alejada de la nave, de su calor, de los amigos que viajan en ella. Es algo mil veces peor que la propia muerte.

—¿Y cómo ha podido el comandante dejar que usted le acompañase? —inquirió Tubler, el geólogo.

Ella explicó:

—¡Oh, fui yo quien se lo pidió!

—De todos modos — intervino John —, debía haberse negado a complacerla. ¿Se da usted cuenta, señorita Cowerland, del horrible disgusto que habríamos tenido si le hubiese ocurrido algo?

—Seguro que él no se dio cuenta del peligro real... — dijo ella, con una sonrisa de malicia.

Fred creyó llegado el momento de intervenir.

—Yo opino como el señor Crowdall — dijo con expresión sombría —. ¡Jamás se me hubiera ocurrido hacer que me acompañase una mujer fuera de la astronave!

Stan Wellington, el biólogo, se volvió ligeramente hacia el joven copiloto.

—¿Cree usted, amigo mío, que el peligro era verdaderamente grande?

—¡Enorme!

Fred Farrell estaba contento. Por el momento se había convertido en el centro de la atención. Y, además, ahora podía asestar un golpe fuerte a la personalidad del piloto que, hasta entonces, había gozado de una fama que le hacía inviolable.

Guardó unos segundos de silencio para hacer que la expectación fuese mayor; después comentó:

—¿Se imaginan lo que hubiese ocurrido si la señorita Cowerland hubiera caído hacia la zona de las toberas? El chorro de éstas tiene una temperatura de miles de grados y nuestra desdichada compañera habría sido reducida a pavesas, disolviéndose en el vacío, desintegrándose...

Diana no pudo evitar un estremecimiento.

Hasta entonces, confiando, a pesar de todo, en el saber de Alan, había llegado a creer que el piloto se había reído de su miedo porque en realidad no había habido peligro verdadero; pero ahora, al oír las palabras de Fred, la risa del comandante le pareció más cruel, estúpida y desprovista de sentido del humor.

—¡Pero eso es tremendo! —exclamó Wellington.

Y mirando a John Crowdall—: ¿Se da usted cuenta, señor Crowdall, de que debemos evitar los caprichos absurdos del piloto? ¡No se puede jugar con estas cosas!

John frunció el entrecejo.

—Hablaré seriamente con él. Se lo prometo, señores.

—Esto no debe repetirse — insistió Wellington —. La seguridad de los miembros de esta expedición debe ser garantizada en todo momento. No somos, en realidad, más que hombres de ciencia y estamos desprovistos de

esas armas que los hombres que nos guían poseen. Ellos deben preocuparse por nosotros, ya que la misión que nos ha traído aquí es meramente científica.

—No se preocupe, profesor — repuso John —. Pondré las cosas en orden.

—Muchas gracias.

Deseoso de cortar aquella conversación que le molestaba y jugándose el todo por el todo, el camarero chino se permitió intervenir.

—¿Sirvo la cena, señores?

—Sí — dijo John —. Es mejor olvidar, por el momento, este desagradable incidente.

La comida transcurrió tranquila y apenas si se volvió a hablar de lo ocurrido. Los sabios tenían sus propias conversaciones y Fred logró sentarse a la izquierda de la periodista, a cuya derecha estaba la doctora Sumbert, inmediatamente seguida por el mecenas de la expedición.

—Quería preguntarle una cosa, señor Farrell — dijo Diana, en voz baja.

—Usted dirá.

—¿Es verdad que corrí un gran peligro?

Fred estaba en la gloria.

—¿Duda usted de mi palabra, señorita Cowerland?

—No…, no es eso. Es que el piloto me aseguró que no había peligro alguno.

Farrell se mordió los labios, sin saber qué decir; luego, al encontrar la idea, miró a la muchacha.

—No sé si decírselo, señorita.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Tan grave es?

—Verá... Alan es mi jefe y, al mismo tiempo, mi mejor amigo. Conozco perfectamente sus defectos; pero, de todos modos, le debo una lealtad que me dolería defraudar.

Diana bajó aún más la voz.

—Puede hablarme con franqueza, señor Farrell. No diré ni una sola palabra; pero, por otra parte, comprenderá que el peligro lo he corrido yo y que tengo un cierto derecho a saber. ¿No es verdad?

—Es evidente, pero...

Se interrumpió de nuevo, de forma a que ella se diese cuenta de lo que le costaba hablar sobre el piloto.

—Yo lo noté hace mucho tiempo — dijo, sin mirarla, como si se avergonzase de lo que iba a decir —. Fue en un viaje a la Luna. Ocurrió, como ahora, que las toberas se habían estropeado. Yo salí y no pude terminar de arreglarlas; en realidad, eran necesarios dos hombres, ya que las chapas no acababan de soltarse. Entonces llamé a Alan...

—¿Qué ocurrió entonces? — inquirió la muchacha, instándole a seguir.

—Salió, después de rogarle mucho. ¡Jamás he visto en el rostro de un hombre una expresión de terror tan acusada!

Ella enarcó las cejas.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que el señor Dalt tenía miedo?

—Sí. Un miedo con asomos de pánico: algo indecible. Tuve que atarle a una de las barras laterales, mientras me ayudaba. Y su rostro no dejó aquel color sucio hasta que volvió a encontrarse en el interior de la nave.

—Es extraño... no me pareció tener miedo en esta ocasión.

—Porque estaba acompañado. ¿Cree que otro oficial cualquiera se hubiese plegado tan rápidamente a su deseo de acompañarle?

—¿Qué hubiera hecho usted?

—Negarme en redondo. La aprecio demasiado para exponerla puerilmente a un peligro tremendo.

—¡Y yo que creía que lo hacía únicamente por complacerme!

—Se equivocó. Él necesitaba alguien, si no a su lado, al menos fuera de la astronave.

—Ya comprendo. Era una forma de paliar su miedo.

—Eso es.

Hubo una pausa.

—Es curioso — continuó la muchacha, con una extraña sonrisa en los labios —. Hubiese pensado cualquier cosa de él, menos que era un cobarde.

—No lo parece: eso es verdad.

—Me engañó por completo.

* * *

Venus aparecía magnífico sobra el fondo negro del firmamento.

—Aterrizaremos mañana por la mañana —dijo Alan—, según nuestra hora de la Tierra.

—¿Crees que habrá dificultades?

Dalt miró a Fred.

—No. Ya hemos aterrizado en ese planeta y ya sabes que no hay muchos problemas para hacerlo. Escogeremos un lugar amplio, sin demasiada vegetación. Lo más difícil va a ser inclinar la nave.

—¿Piensas hacerlo?

—¡Claro! La otra vez no tenía importancia, ya que no estuvimos más que un corto espacio de tiempo y, además, no éramos más que hombres. Las mujeres y los sabios, que son como niños, necesitarán toda clase de comodidades. Por eso será necesario inclinar la nave y ponerla en posición.

—¿Sin grúa?

—¿De dónde quieres que la saquemos? ¡Tienes unas preguntas!

Utilizaremos los cohetes auxiliares y, con un poco de suerte, colocaremos el «Ícaro» en posición horizontal. Así podremos ofrecer a los tripulantes un campamento y un refugio de toda seguridad.

Hubo un nuevo silencio.

Luego dijo:

—Mantón el rumbo tal como está. Ya no ha habido ninguna otra variación, lo que demuestra que la tobera quedó arreglada. ¿Qué dijo la chica?

Fred palideció.

—No sé qué quieres decir.

—Estoy seguro de que, a pesar de que le rogué que no hablase, lo hizo por los codos.

—¿Cómo permitiste que saliese contigo?

—¿Ves algún peligro en ello?

—No, pero...

—¡Tonterías! Cualquiera de esos viejos profesores sería capaz de pasearse por la cubierta sin que le ocurriese nada. Ya sabes que lo peor que puede acontecer es que se caigan. Y la gravedad de la nave no los soltaría. Lo único que tendríamos que hacer sería pescarlos.

—Podía haber caído del lado de las toberas...

Alan le miró frunciendo el entrecejo.

—¿Qué clase de idiotez estás diciendo, Fred? ¡Por todos los demonios! ¿Es que vas a decirme que no sabes que hay un anillo magnético en la popa para que esa clase de accidentes no ocurra jamás? El anillo repele todo lo que se dirigiese hacia las toberas. ¿Lo has olvidado?

—Perdona. Pero como hemos viajado en naves que no tenían ese dispositivo de seguridad, creí, por el momento, que ésta era como aquéllas.

—Te encuentro un poco raro — sonrió el piloto —. No tendremos un caso de flechazo, ¿verdad?

—¿De qué...?

—De flechazo. Esa periodista es muy bonita y no me extrañaría que tuviésemos jaleos por su culpa. He visto la manera de mirarla que tiene el señor Crowdall y no me gusta nada.

—Él es el jefe de la expedición.

—¿Y qué? Lo será mientras sepa mantenerse en su puesto. Vamos a pasar un par de meses en un planeta extraño y debemos comportamos como seres normales. Hemos venido a trabajar. Si alguien siente fiebre amorosa, no tiene más que esperar el regreso a la Tierra. Allí podrá declararse a la señorita Diana Cowerland tantas veces como quiera.

Fred Farrell se mordió los labios.

—Yo no hablaría así delante de él.

—¿De Crowdall? ¿Y por qué no? Antes de salir quedamos de acuerdo en

que esto era una expedición científica, no una comedia de mal gusto. ¿No comprendes lo que ocurriría si empezásemos a ponernos sentimentales? Tú y yo tenemos casi la completa seguridad de que no hay grandes peligros en Venus, al menos sacamos esa conclusión en el viaje anterior; pero ¿estamos en lo cierto?

Fred no dijo nada.

—Nuestra exploración se limitó a un espacio de media docena de millas cuadradas, en un terreno sin nada de particular. Pero eso no nos autoriza a pensar que no haya cosas interesantes, e incluso peligrosas, en todo lo que ahora vamos a ver. Y, si tal cosa ocurriese, quiero que la expedición se defienda y piense, exclusivamente, en la misión que le ha sido encomendada.

Y como Fred siguiese en silencio preguntó:

—¿Crees que ese Crowdall está preparado para los viajes espaciales? Es un hombre rico, caprichoso, voluntarioso. Es verdad que gracias a su dinero hemos podido realizar este sueño; pero no debemos perderle de vista, ya que, lo creas o no, es él el mayor peligro de todos los que podemos encontrar. No creas que voy a permitir que se le suba la autoridad a la cabeza.

—Tienes razón.

—Ahora voy a comer, a descansar un poco y fumarme un par de cigarrillos. Vigila bien el rumbo y deja tranquila a esa curiosa impertinente.

Salió, marchando por el pasillo central.

Un poco antes de llegar al salón, John le salió al paso.

—¿Me permite, señor Dalt?

—Naturalmente, señor Crowdall. ¿Qué desea?

El hombre miró hacia ambos lados del pasillo, tranquilizándose al comprobar que estaba completamente desierto.

—Quería decirle algo, señor Dalt. Ya comprenderá usted de qué se trata.

—En absoluto.

—Francamente... no sé cómo empezar; pero, de todos modos, como hay que decirlo... —su tono de voz se hizo brusco —. Espero que sea la última vez que hace salir a un pasajero al exterior.

—¿Ha pasado algo?

—No, pero podía haber pasado. Creo que se ha extralimitado usted en las atribuciones que se le habían dado.

La cólera encendió las mejillas da Alan.

—¿Cómo puede usted decir que podía haber pasado algo? ¡Yo le aseguro que, en ninguno de los casos...!

—¡Basta, señor Dalt! Poseo información de quien lo sabe, igual que usted y que me merece toda confianza.

—¡Eso es una burda mentira!

—¡Señor Dalt! No le consiento que me alce la voz.

¿Olvida que soy yo quien le pago?

Los puños de Dalt se cerraron, conteniéndose a duras penas; luego, cuando logró dominarse dijo:

—Escuche, señor Crowdall... Yo sé que es usted el que ha pagado todos los gastos del viaje, pero creo que ya discutimos lo que respecta al mando de la nave y a la disciplina del vuelo. Este es mi terreno y no pienso dejar que nadie, ni usted, se inmiscuya en mis deberes.

—¡Ésa es una insolencia que no puedo permitir! ¡Queda usted despedido, Dalt! ¡Desde este mismo momento, ya no es usted el piloto del «Ícaro»!

Alan sonrió.

—Muy bien. ¿Puedo saber quién va a sustituirme?

—¡Naturalmente! ¡Voy a comunicar, ahora mismo, su nombramiento al señor Farrell!

Y se alejó por el pasillo iluminado.

Alan le siguió con la mirada; después, con una sonrisa en los labios, se dirigió hacia su propio camarote.

CAPÍTULO III



L ver que el propio señor Crowdall entraba en la sala de mandos, con un aire furibundo, Farrell no pudo por menos de inquietarse, temiendo que Dalt hubiese puesto los puntos sobre las íes y desenmascarado su maniobra.

Pero el propietario del «Ícaro» sonrió, sentándose a su lado.

—Acabo de destituir a Dalt — dijo.

—¿Eh?

—Como lo oye. Se ha mostrado grosero hasta donde no se puede tolerar: usted, amigo mío, es el nuevo piloto.

Farrell experimentó al mismo tiempo una sensación de alegría y un pánico atroz; lo primero por haber conseguido una victoria tan estupenda, lo segundo porque se consideraba, y se sabía, incapaz de conducir la astronave.

Durante unos segundos, el terror dominó la alegría y estuvo en un tris de negarse rotundamente a ocupar un puesto para el que no estaba preparado.

Pero Farrell no era tonto.

Sopesó ciertas posibilidades y conociendo profundamente a Alan, llegó a la conclusión de que su plan, por muy arriesgado que pareciese, podía llevarse a cabo perfectamente.

—Estoy muy honrado por lo que usted me acaba de decir, señor — dijo, con hipócrita mansedumbre —, pero ha de saber que una nave como ésta no puede ser gobernada por un solo hombre. Tendré que hablar con Dalt para que sea mi copiloto.

John torció el gesto.

—¡Lástima que no pueda guiarla usted solo! Me fastidia tener que echar mano a eso presuntuoso mal educado.

Fred sonrió.

—No se preocupe. Sólo me será necesaria su ayuda en algunas maniobras especiales: el resto de la navegación lo llevaré solo.

—Me alegro de que sea así. Bueno, señor Farrell— y se levantó, disponiéndose a salir de la cabina —, enhorabuena por su ascenso. Naturalmente — añadió, sonriendo —, a partir de este momento, sus emolumentos serán los de un jefe de navegación, así como las primas por aterrizaje y despegue impecables.

—Muchas gracias, señor.

Crowdall salió de la cabina y Fred se quedó, mirando a los mandos, con una sonrisa de triunfo en los labios.

Al sentirse «dueño do la astronave después de Dios», experimentó una

sensación de incontenible orgullo. Había triunfado y aquello le llenaba de satisfacción; pero, al pensar nuevamente en las dificultades que iban a presentarse, llegó a la conclusión de que lo mejor era ganarse hábilmente a Alan, sin quien no le sería posible llevar a cabo el cometido que el dueño del «Ícaro» acababa de encomendarle.

Dejando en marcha el mando automático, abandonó la cabina, dirigiéndose directamente al camarote d® Alan, a cuya puerta llamó con los nudillos.

—¡Adelante!

Alan estaba sentado, con un cigarrillo en la mano, y parecía ofuscado o molesto. La expresión de su rostro era dura.

—¡Ah, eres tú! —dijo cuando reconoció al recién llegado —. Siéntate donde quieras.

Fred obedeció y, no sabiendo cómo empezar, encendió un cigarrillo.

Después dijo:

—Crowdall ha estado hablando conmigo...

—Lo supongo.

—Y me ha nombrado piloto.

—Es natural.

Fred se dio cuenta de que no iba a ganar nada por aquel camino. Y dispuesto a conmover al otro exclamó:

—¡Es una locura, Dalt, una verdadera locura!

—¿Por qué? —quiso saber Alan Dalt.

—Porque yo no puedo hacerme cargo del puesto de piloto. He viajado mucho menos que tú y me falta la experiencia necesaria para esté cargo.

—¿Se lo has dicho?

—Sí — mintió el otro.

—¿Y qué contestó?

—Que no le importaba nada y que un copiloto debía, conocer el manejo de una astronave como el propio jefe de navegación. ¡No hubo manera de convencerle de lo contrario!

Alan sonrió.

—En fin, muchacho, no tengo más remedio que darte mi enhorabuena.

—¡No seas cruel, Dalt! ¿Por qué crees que he venido a verte? ¡Necesito que me ayudes.... también se lo he dicho!

—Cuenta conmigo.

—¿De verdad que me ayudarás?

—Claro que sí. Después de todo, al quitarme el puesto de piloto, John no ha hecho más que proporcionarme una tranquilidad maravillosa. Estaba harto de tomar decisiones y de tener que cuidar de todos los pasajeros como si fuesen bebés. ¡Ahora te toca a ti, Fred!

—¡No me lo recuerdes!

Y después de una pausa dijo:

—¡No sabes lo que me alegra que estés dispuesto a ayudarme, Alan! Ese hombre no ha querido escucharme. Estaba furioso contra ti.

—La periodista armó todo este jaleo; bueno, no hablemos más de ello... ¿Vamos a la cabina? ¿Qué distancia has marcado a Venus?

—Estamos a doscientos mil kilómetros, aproximadamente.

—Preparémoslo todo para el aterrizaje.

—De acuerdo.

* * *

El «Ícaro», magníficamente manejado por Dalt, se posó con una exactitud matemática en la misma zona que lo hizo la otra astronave tiempo atrás, cuando Alan visitó el planeta por vez primera.

La explanada, de tierra parda y húmeda, tenía aproximadamente la forma de un círculo, con un diámetro de dos kilómetros y medio. Más allá de aquellos límites, empezaba la zona de bosques, formados por plantas del tipo de los líquenes, sin flores ni aspecto de las plantas de la Tierra.

La maniobra más difícil, dejar la astronave en sentido horizontal, se realizó también con éxito completo.

Naturalmente, Fred era el que estaba más contento.

Una vez nivelada definitivamente la nave, Fred abandonó la cabina, dirigiéndose hacia el salón donde los ocupantes del astrocohete estaban sentados, en sus sillones especiales, con los correajes de seguridad puestos.

—¡Ya pueden desatarse! — exclamó con una sonrisa jovial —. ¡Hemos aterrizado ya y la nave está sobre el suelo de Venus!

Todos se soltaron y Crowdall se acercó a él, estrechándole la mano.

—¡Magnífico, capitán! Ya sabía yo que usted haría las cosas de una manera perfecta.

Los profesores se habían acercado a los ojos de buey y contemplaban, por vez primera, el aspecto del planeta. Los comentarios salían de sus labios, enzarzándose ya en discusiones científicas.

También las dos mujeres y John se aproximaron a las ventanillas, echando una ojeada a Venus.

—¡Es estupendo! —exclamó Diana Cowerland.

—Tendremos que ponemos los trajes espaciales— dijo John — para empezar a hacer el reconocimiento de los alrededores. ¿No les parece, profesores?

—¡Sí, sí!

Estaban deseando poner el pie en el suelo venusiano y se precipitaron hacia los armarios metálicos donde estaban los trajes del espacio.

Desde la primera expedición, de la que Dalt había traído una preciosa información detalladísima, conocían las características ambientales de Venus y sabían que su atmósfera era respirable, pero no por mucho tiempo, dada su riqueza en carbónico. Por eso adoptaron desde el primer momento las escafandras.

Una vez vestidos, Fred también lo había hecho, deseoso de separarse lo menos posible de la joven periodista, John Crowdall preguntó quién iba a quedarse en el «Ícaro».

—Mi copiloto — dijo Fred —. Le he encargado algunos trabajos y no se aburrirá.

John dio una afectuosa palmadita en el hombro de Fred Farrell.

—¡Así me gusta, capitán! Téngamelo bien cogidito y no suelte demasiado las riendas.

Fred fue a decir a Dalt que salían y le rogó que cuidase de la astronave.

—¿Van todos? —-inquirió el joven.

—Sí. Es natural que todos quieran conocer un poco los alrededores.

—Claro.

—¿Crees que hay peligro?

—No, no debe haberlo. Aunque no olvides que no hicimos más que movemos un poco alrededor de la astronave en el viaje anterior.

—Llevaremos armas.

—Es lo mejor.

Fred abandonó la cabina de mando, volviendo junto a los otros y saliendo con ellos, después de hacer que la rampa de descenso brotase del centro de la astronave.

Los equipos eran completos y todos ellos iban dotados de una pistola automática, de gran poder destructivo. Además, la escafandras llevaban una pequeña emisora-receptora de transistores y Fred un duplicado, de más potencia para poderse comunicar con la astronave.

A través de las superficies transparentes de las escafandras, los rostros expresaban animación, no exenta de una infantil alegría y curiosidad por cuanto les rodeaba.

Diana Cowerland llevaba una máquina tomavistas.

Discutieron unos minutos, ya fuera de la astronave, sobre la dirección que debían tomar. Finalmente, John, señalando a Fred dijo:

—Él es nuestro capitán y quien de ahora en adelante ha de tomar las iniciativas. Usted tiene la palabra, señor Farrell.

Fred sonrió halagado.

—Bien. Creo que debemos dirigirnos hacia allá — y señaló la dirección que marcaba la proa del «Ícaro».

Todos estuvieron de acuerdo y como el bosque que rodeaba la explanada

era idéntico por todas partes, no hubo nadie que encontrase disparatada la elección que Farrell había hecho.

El terreno era húmedo, pero su porosidad aumentó a medida que se iban acercando al bosque de líquenes. Estos, vistos de cerca, alcanzaban una altura de más de treinta metros y los pequeños espacios que dejaban entre sus troncos estaban empapados en un líquido denso, como cola, que dificultaba extraordinariamente la marcha.

Pero el entusiasmo de los exploradores no se dejó arredrar por aquello y se introdujeron en el bosque, llenos de entusiasmo.

El aspecto de aquello, en realidad, era fantástico.

La luz de un sol mucho mayor que el que se veía desde la Tierra, llegaba a las profundidades de aquella extraordinaria selva tamizada, produciendo una gama de azules verdaderamente maravillosos.

Diana estaba embelesada.

—¡Parece una ilustración de un cuento de Grimm!

—dijo—. ¿No les parece?

Fred, que iba delante de ella, se volvió, sonriéndola.

—Tiene usted una imaginación fantástica, señorita Cowerland.

Ella rio.

—¿Por qué no me llama Diana, Fred?

El joven notó que su corazón aceleraba los latidos.

—Como usted quiera — dijo.

Los profesores habían cortado trozos de líquenes y recogido un poco de la sustancia pegajosa que cubría el suelo. Los frascos vacíos que llevaban fueron siendo ocupados por las cosas que iban encontrando y que provocaban discusiones interminables.

La vanguardia del grupo iba formada por Fred, la periodista, la doctora y John. Éste, a quien las cosas científicas no interesaban en absoluto, procuraba fijarse en lo que en un futuro sería la ciudad que estaba dispuesto a construir en Venus: una ciudad turística de la que pensaba sacar beneficios fabulosos.

Había obtenido, gracias a sus amistades en la Tierra, permiso exclusivo, por doce años, de la explotación turística del planeta, dejando, naturalmente, lugar libre para las bases militares y científicas que el gobierno de la Tierra pensase instalar allí.

Hombre de negocios, Crowdall no hacía caso de las exclamaciones entusiastas de los profesores, que se maravillaban ante todo. Su mente iba calculando las posibilidades de un negocio fabuloso y sólo le interesaba que Venus no ofreciese problema alguno que obstruyese sus proyectos.

Anduvieron durante cerca de una hora hasta lograr atravesar el bosque que, como pudieron comprobar, formaba una especie de anillo que rodeaba completamente la explanada en la que había aterrizado la astronave.

Fuera de aquel círculo de espesa verdura, una extensión desértica, con algunas elevaciones montañosas de pequeña consideración, se ofreció ante ellos.

El paisaje tenía algo de semejante con el de Arizona.

John vio en seguida que aquella zona era muchísimo más interesante que la que conocían hasta entonces, sobre todo cuando Fred señaló, hacia la derecha, un lago enorme, de aguas límpidas y azules.

—¡Este sitio es estupendo! —exclamó: Y acercándose a Diana—. ¿Se da usted cuenta, señorita?

—Es mucho más hermoso de lo que había imaginado, señor Crowdall: el desierto de Arizona al lado de una región de los Grandes Lagos.

John sonrió, satisfecho.

—Construiré un grupo de hoteles en esta parte, junto a las colinas. Y unas pistas modernas, bordeadas de árboles, llegarán hasta las residencias señoriales junto al lago... ¿Qué le parece?

—Magnífico.

Fred examinaba detenidamente el terreno.

—No creo — dijo — que pueda aterrizarse aquí. La tierra es quebradiza, como si fuese de yeso.

Se acercaron y el profesor Tubler, geólogo asintió:

—Tiene usted razón, capitán. Tampoco creo que puedan construirse edificaciones en este sitio.

—Acerquémonos al lago — insistió John, con una mueca de desagrado —. Quizá allí sea el terreno más firme.

Así lo hicieron, trasladándose hacia la orilla más cercana. Una especie de altos juncos formaban islotes de verdura en las márgenes del lago.

El terreno parecía más sólido.

—¿Ven ustedes? ¿Qué importa que construya por aquí? ¡Mejor que mejor!

Pero Fred no le escuchaba.

—¿No han oído nada? — inquirió, frunciendo el entrecejo.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Diana.

—Me parecía haber oído un ruido raro entre esos juncos.

Guardaron silencio, conectando los auriculares exclusivamente al exterior.

Momentos después, la señorita Dolly Sumbert sonrió, entrando en contacto con los otros.

Observó:

—Creo que nuestro capitán ha oído mal.

—Es posible — dijo John, en el mismo tono.

Fred no despegó los labios, pero estaba seguro de haber oído un extraño ruido entre los juncos.

Y fue Diana la que, de repente, con un grito de alarma, señaló la zona de arena que separaba los juncos d» la playa.

—¡Allí! ¡Miren!

Una minúscula criatura, d« color verde, corría hacia el agua.

CAPÍTULO IV



ARECÍA un pigmeo, de aspecto completamente humano a no ser por el color intensamente verde de su piel y una especie de cola gruesa que pendía del final de su columna vertebral.

El hombrecillo corrió hacia el agua, dispuesto seguramente a lanzarse a ella, pero el profesor Wellington, el biólogo, reaccionó mucho más aprisa que lo que podía esperarse de su edad, corriendo, a toda velocidad y logrando cortar el paso a la criatura cuando no le separaban más de diez metros del agua.

El ser verdoso se detuvo, volviendo el rostro hacia el profesor, Éste pudo ver entonces sus grandes ojos globulosos, parecidos a los de una rana y su boca de amplios labios pálidos.

Stan Wellington no perdió el tiempo.

Había sacado prestamente una red de hilo fino de «nylon» y la lanzó, como un verdadero gladiador romano, demostrando una gran precisión.

La criatura verde había retrocedido vivamente, pero de nada le valió aquel gesto, viéndose rodeado de la fina malla, que no hizo sino cerrarse sobre él con mayor intensidad a medida que luchaba desesperadamente por huir.

Los otros profesores acudieron a ayudar a su compañero.

Momentos después, perfectamente atado, el hombrecillo dejó de debatirse,

comprendiendo que todos sus esfuerzos por liberarse eran baldíos.

Lo contemplaron con curiosidad.

Diana filmó las escenas de la captura y estaba contenta de las imágenes que su máquina guardaba.

—¿Qué clase de bicho es éste? —inquirió John, desde respetable distancia.

El biólogo sonrió satisfecho.

—Todavía no podemos precisar en qué lugar de la escala zoológica habrá que colocarlo; pero, sin duda alguna, es algo muy parecido al hombre.

—¿Cree que hablará? —preguntó la doctora.

—No lo sé — repuso el sabio —. Aunque tendremos tiempo de estudiarlo con detalle.

—¿No debíamos volver? —intervino la doctora.

—Es lo mejor — corroboró John—. Ya hemos conseguido bastantes cosas hoy. Además, mientras no conozcamos bien esta zona, sería estúpido alejarse demasiado.

Y acercándole al geólogo:

—Usted, señor Tubler, me hará un estudio detallado del suelo, junto al lago. Quiero también conocer la verdadera resistencia de la tierra en las colinas y si encierran sustancias capaces de facilitar la construcción.

—Bien, señor Crowdall.

Diana y Fred iban al lado del biólogo que, a su vez, tiraba del cable de perlán resistente con que había atado a la criatura. La joven no separaba los ojos de aquel extraño ser.

—Es lo más curioso que he visto en mi vida — dijo.

—Alan y yo no vimos nada cuando vinimos la otra vez aquí — repuso el nuevo capitán —. Claro que no visitamos más que el bosque.

Ella sonrió, maliciosa.

—Veremos la cara que pone el nuevo copiloto cuando vea a este animal. ¡Seguro que dirá que hemos hecho mal en capturarlo! ¡Si es tan miedoso como usted dice...!

Fred se mordió los labios.

—No exageremos, Diana. Alan es tímido y no sabe salir demasiado airosamente de las situaciones difíciles, pero no es un cobarde.

—¡A mí me demostró que lo era! —insistió testaruda la joven.

Fue Fred a decir algo cuando, de repente, la criatura que llevaba Wellington lanzó una especie de silbido prolongado, un sonido tan escalofriante como inesperado.

—¿Eh? —exclamó la doctora palideciendo.

Se volvieron todos hacia el hombrecillo verde, mirándole con curiosidad. Nada había cambiado en la expresión de sus ojos enormes y sus gruesos labios seguían inmóviles.

—¿Por qué ha hecho eso? —-inquirió John, que se había acercado al profesor Wellington.

—No lo sé.

También los otros se habían acercado y Steson, el físico, aventuró una opinión:

—¿No habrá sido una llamada dirigida a los suyos?

Volvieron sus miradas hacia el mar, pero no vieron nada que hiciese sospechar que los seres verdes acudiesen en auxilio de su compañero prisionero.

—Vamos a continuar la marcha — dijo John.

Pero, en aquel momento, Fred, que seguía mirando hacía el lago, lanzó un grito de aviso:

—¡Por allí, detrás de los juncos!

—¡Son pingüinos! —exclamó la doctora Sumbert.

En efecto, se parecían a pingüinos, pero eran mucho más grandes y de color rojo intenso. Caminaban más rápidamente que los palmípedos terrestres y poseían unos pies planos, de gran anchura.

Lo curioso, es que no parecieron fijarse en los humanos, ya que en grupo, una cincuentena, se dirigieron hacia adelante, avanzando a gran velocidad.

—¡Si pudiésemos apoderamos de uno! —exclamó Wellington, mirando a los demás.

Fred torció el gesto.

Estaba impresionado, sin saber por qué.

—Ya tendrá usted tiempo de completar la colección — dijo, con voz áspera —. Lo importante, ahora, es regresar a la astronave.

Iniciaron de nuevo la marcha, sin perder de vista a aquella especie de curiosos pájaros rojos, que los habían adelantado y que ahora se detuvieron, a un centenar de metros de ellos, colocándose en semicírculo, con la parte convexa mirando a los hombres,

—¡Patean el suelo! — observó John.

Así era.

Moviéndose acompasadamente sus grandes paletas que les servían de pie, golpeaban el suelo, rítmicamente, cada vez con mayor velocidad.

Era, desde donde estaban situados los terrícolas, como si alguien hubiera irrumpido en una ovación cerrada: una ovación que no parecía terminar nunca.

—¡Nos harán enloquecer! —gritó Diana.

—Cierren los receptores exteriores — ordenó Fred —. De esa manera no oirán nada.

Obedecieron.

Parecía que habían salido triunfantes, ya que bastaba no mirar a los

palmípedos para evitar el mareo que producía el batir incesante de sus pies; pero, cuando se consideraban plenamente triunfantes, un primer estremecimiento les hizo vacilar.

—¿Qué ocurre? — inquirió Tubler, el geólogo, mirando al suelo.

Pero, naturalmente, nadie oyó sus palabras, ya que habían cerrado los receptores exteriores, aunque los abrieron, inmediatamente, al notar lo que estaba pasando.

—¡El suelo se mueve!

—¡Es como un terremoto!

En efecto, la tierra vacilaba, se estremecía, como si un movimiento sísmico la estuviese desgarrando en sus fundamentos.

—¡Un terremoto!

No era aquello, pero grietas, cada vez más grandes, se abrían por doquier en el quebradizo suelo que pisaban con menos seguridad cada vez.

El hombrecillo verde, que debía haberse dado cuenta del terror que iba apoderándose de ellos, emitió silbido tras silbido, como si ordenase a los pingüinos rojos que batiesen más intensamente la tierra.

El estrépito era enloquecedor.

—¡Suelte ese bicho, profesor! — gritó Diana, incapaz de resistir aquel ruido y los movimientos de la tierra.

Pero Wellington no pareció oírla.

Se aferraba a su presa, dispuesto a luchar como fuese para llevar a la astronave, y más tarde a la Tierra, aquel ejemplar único de la fauna venusina. De vez en cuando, echaba miradas de envidia a la fila de palmípedos rojos, como si desease intentar la captura de uno de ellos.

Fred, que quizá en aquellos momentos era uno de los que se mantenía más alerta, se dio cuenta de que era cada vez más difícil salvar las grietas del suelo y no tardarían mucho en caer en el interior de una de ellas.

Había oído la voz de Diana, requiriendo al biólogo que soltase el hombre verdoso, pero la rabia le cegó al ver que Wellington no hacía caso de la muchacha.

En realidad, estaba pasando un miedo horrible y maldecía el momento en que Stan había cazado al pigmeo.

Loco de furor, sacó el machete espacial que llevaba en la cintura, dispuesto a cortar el hilo de perlón que ataba al prisionero. Pero, debido al balanceo de la tierra, que no dejaba de moverse, como la cubierta de un barco en plena tempestad, se inclinó un poco hacia el hombrecillo que, al verle avanzar, con el arma empuñada en su mano derecha, abrió aún más sus ojos globulosos.

Fred notó que el color de su rostro se volvía casi blanco y que una expresión indecible aparecía en él.

Entonces, el hombrecillo emitió una serie de silbidos cortos como por

ensalmo, los palmípedos cesaron de patear la tierra, cayendo sobre los exploradores un silencio que parecía imposible.

—Pero... —balbució John—. ¿Qué diablos ha ocurrido?

Wellington, que se había vuelto, vio el machete de Farrell y se interpuso velozmente entre el piloto y su prisionero.

—¿Qué iba usted a hacer? ¿Matarle? ¡Antes tendrá que asesinarme a mí!

Fred sonrió.

Había comprendido lo ocurrido y se congratuló de saberlo.

—¡Calle usted, viejo imbécil! Yo no iba más que a liberar a ese animal, deseando que los otros cesasen de hacer mover el suelo. Pero al verme con el machete, ha sido él quien les ha ordenado que parasen. ¡Es curioso, pero he leído un miedo cerval en sus ojos!

El profesor se calmó un tanto.

—Aprovechemos esta paz — dijo John — y regresemos rápidamente a la astronave. Creo que hemos tenido suficientes emociones en el día de hoy.

La doctora sonrió.

—Demasiadas — dijo.

Avanzaron, viendo que los pingüinos rojos estaban inmóviles, mirándolos como estatuas.

El hombrecillo no había vuelto a silbar y los palmípedos permanecieron en la misma postura hasta que los humanos entraron en el bosque.

Seguro de que había sido el temor a la muerte lo que había arreglado todo, Fred, que no había enfundado el machete, caminaba cerca de la criatura de Venus, dispuesto a amenazarla de nuevo si los pingüinos comenzaban a patear el suelo.

Pero nada ocurrió.

Dos horas más tarde llegaban a la astronave y Dalt, que estaba junto a uno de los ojos de buey, maniobró para que la rampa descendiese.

Entraron en el aparato.

Una vez cerrada la rampa, se reunieron todos en el salón, dedicándose el chino a servir bebidas y bocadillos.

La atención general se concentró en la criatura verde, que Wellington, lleno de orgullo, tenía a su lado, atada al perlón que, a su vez, había sujetado a una anilla de la pared.

Than-shu frunció sus almendrados ojos al ver al venusiano y se acercó, con mucho miedo, para servir al biólogo.

Éste sonrió.

—No te hará nada, Than-shu. No temas.

—Es como un diablo del Río Amarillo... — repuso el oriental, yendo a servir a Alan.

Dalt se había puesto aparte y encendido un cigarrillo, oyendo lo que Fred

le relataba de la primera salida.

—... y la tierra empezó a temblar cuando aquellos pingüinos rojos la pateaban con sus pies en forma de grandes palmetas. A no ser porque me di cuenta de que ese bicho tenía miedo a morir, no sé cómo las hubiéramos pasado.

—Lo interesante — intervino Steson, el físico, alzando la voz — es saber si esa criatura es capaz de entendernos. Si ensayásemos mi convertidor...

—¿Su qué? —inquirió John.

—Mi convertidor.

—¿Qué es eso? — preguntó la periodista, con una luz de interés en los ojos.

—Un aparato que sirve para traducir, si pudiésemos decirlo así, las imágenes en sonidos. Todos los lenguajes se basan en eso: convertir una imagen en un sonido determinado. Mi aparato, que proyecta imágenes elementales, unidas a sonidos también muy sencillos, puede hacer que seres inferiores lleguen a expresar ideas que podamos comprender los humanos y nosotros, al mismo tiempo, comprenderlos a ellos.

—No me habló nunca de ese aparato, profesor Steson — dijo el biólogo.

—No se presentó la ocasión — repuso el físico —. Pero ahora, con esa criatura, que se ha mostrado lo bastante inteligente como para dar órdenes a los pingüinos y que parece querer conservar la vida por encima de todo, comprendiendo el gesto de nuestro capitán, podríamos hacer un pequeño ensayo. ¿Qué les parece?

—¡Formidable! — exclamó Diana.

—Será apasionante — corroboró la doctora Dolly Sumbert.

El físico, complacido, salió del salón y volvió poco después con una especie de proyector de cine sonoro. Colocó un altavoz cerca de donde estaba el venusiano. Los grandes ojos del hombrecillo verde le miraron con una intensidad estremecedora.

—Apaga las luces, Than — ordenó Steson.

El oriental obedeció, colocándose al lado de Alan, ya que el miedo le sobrecogía y por nada del mundo hubiese abandonado el salón. Sus ojos se clavaron en la pantalla donde iban sucediéndose las imágenes: un hombre, un animal, una planta, una piedra, el sol. Al mismo tiempo, sonidos guturales emanaban del aparato sonoro.

La proyección duró una hora larga y el físico ordenó después que el chino encendiese nuevamente la luz de la sala.

—Ahora —explicó el profesor, junto a su proyector —, podremos saber si esta criatura venusiana posee la suficiente inteligencia para haber adquirido un lenguaje elemental que le hemos proyectado.

El silencio era impresionante.

Steson se acercó al venusino y lanzó una serie de gritos guturales.

El hombrecillo le miró, con los ojos desmesuradamente abiertos. Durante un par de minutos, pareció como si la experiencia de Steson no hubiese senado para nada; pero, de repente, los gruesos labios del hombrecillo verde se movieron y una serie de sonidos mucho más silbantes que los que había emitido el profesor, rompieron el silencio.

El asombro de Steson fue sincero.

—¡Caramba! ¡Me ha contestado!

—¿Eh? — exclamó el biólogo, sorprendido —. ¿Es posible?

—Como le digo.

—¿Qué ha dicho? —inquirió John, vivamente interesado.

—Le he preguntado si lo había comprendido todo o algo. Y él me ha contestado que el lenguaje que le he enseñado es muy sencillo, elemental.

Fred se pasó la mano por la frente.

Murmuró:

—¿Es posible que esa criatura comprenda algo? ¡Si parece una rana!

Pero Wellington hizo caso omiso de la observación del piloto.

—¿Puede preguntarle más cosas? —inquirió, mirando con ansia al físico.

Éste asintió:

—Sí. Espere.

Habló nuevamente, utilizando el lenguaje gutural; pero, a medida que el otro le contestaba, la lengua pareció menos primitiva, más flexible. Y el asombro de todos fue cuando el físico empleó algunas palabras inglesas.

—¿Le habla en inglés? —preguntó Wellington, entrañado.

—Él me lo ha pedido. Dice que el número de palabras de mi proyector, y eso es verdad, no es lo suficientemente grande para una conversación. Y me ha pedido algunas equivalencias inglesas.

Los ojos del venusiano iban de uno a otro y sus pupilas brillaban con una intensidad creciente, casi humana.

Steson dijo:

—¡Parece increíble! —dijo Farrell.

—¿Por qué? —inquirió Wellington—. ¿Cree usted que la inteligencia está únicamente ligada a la forma humana? ¡Eso sería absurdo!

—Pero...

Wellington le interrumpió:

—Para nosotros, esta criatura puede poseer un aspecto extraño, digámoslo claramente: animal, inferior. Pero eso no quiere decir nada respecto a su inteligencia, ya que nos ha demostrado poseerla, en alto grado, al captar el lenguaje elemental del profesor Steson. ¿Podría usted recordar los sonidos, señor Farrell?

—Yo... — balbució Fred — no he hecho esfuerzo alguno por retenerlos.

—Es posible — replicó Wellington — que ése sea el motivo, pero yo he podido darme cuenta, por mí mismo, de que no es nada fácil aprender un lenguaje, por sencillo y elemental que sea, en una hora.

—Tiene usted razón —- admitió Farrell, un, tanto avergonzado de sus palabras.

Fue en aquel momento cuando intervino Alan en la conversación.

No había despegado los labios desde que la experiencia comenzó y hablado muy poco antes, cuando Fred le contó lo ocurrido en la exploración,

—Yo creo — dijo con voz firme — que esa criatura no ha dejado de expresar su temor, incluso antes de que el profesor Steson le hiciese las pruebas con su convertidor.

Wellington frunció el entrecejo.

Preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

Alan dijo:

—Que, si ese hombrecillo es inteligente y comprende incluso gran parte de nuestras palabras, debe de estar deseando decirnos que le dejemos libre. Porque no hay duda de que quizá pertenezca a una comunidad y posea una familia. No es un animal cualquiera...

Diana lanzó una carcajada, sin poder evitarlo, interrumpiéndole.

—¿Le hace tanta gracia, señorita Cowerland? —-inquirió el joven.

—Sí, francamente me hace mucha gracia. Porque he cazado mucho, en África, y nunca he visto a ningún cazador preocuparse, al apoderarse, por ejemplo, de su gorila de lo que ocurriría en su familia cuando notasen la falta...

Todos rieron, de buena gana.

Excepto Alan.

Miró a la muchacha, como si la viese por vez primera; luego, sonriendo a su vez dijo:

—Esta criatura no es ningún gorila. Y yo tampoco, a pesar de haber cazado, como usted, en África, he visto a un gorila aprender un lenguaje y hablar con sus cazadores.

El argumento era fuerte y nadie, ni Diana, osó responder.

Y fue justamente en aquel momento cuando el venusiano se sintió inquieto, moviéndose y mirando a Alan con sus enormes ojos.

—Tiene razón — dijo, con una voz impresionante —. Yo deseo irme con los míos... Gran peligro para todos nosotros...

Se quedaron con la boca abierta.

—¡Se ha expresado en inglés! — exclamó Wellington, rompiendo el silencio que se había hecho sobre los concurrentes.

—¡Es fantástico! —corroboró Steson.

El biólogo no cabía en su gozo.

—¿Se dan ustedes cuenta, queridos colegas — dijo, con una voz empapada en orgullo —, del éxito que tendré al presentar esta extraña criatura a los hombres de la Tierra?

Y sus ojos brillaban intensamente, como si hubiese sido él el que hubiera hecho todo y merecido todos los elogios.

Pero la voz del venusiano volvió a sonar, implorante;

—Yo deseo irme... los míos me esperan. Solos, no podrán evitar el gran peligro...

Dalt se levantó y salió.

Nunca hubiera imaginado que la crueldad de unos hombres de ciencia, cegados por sus estudios, llegase a ser tan grande.

CAPÍTULO V



BANDONÓ Umika la burbuja, cuyo aire se iba enrareciendo por momentos, y nadó ágilmente hacia la superficie.

Mientras ascendía, con rápidas brazadas, notó que los otros «kumos» le seguían.

Al salir al exterior, la noche venusiana le envolvió por completo, pero aquello no era ningún obstáculo para él, ni para sus congéneres, ya que gozaban del poder de ser nictálopes.

Umika salió del agua, andando sobre la arena fría de la playa.

¿Dónde se habría metido Ikumi?

Lo había esperado vanamente, con impaciencia, deseando decirle que las burbujas no respondían a lo que todos esperaban de ellas y que habría que buscar algún otro procedimiento para alargar la existencia de aquellos recipientes de oxígeno que tanta importancia tenían para ellos.

Justamente y destacándose de los «kumos» que había ahora en la orilla, Aleski se acercó a él.

—¿Has visto a Ikumi? — preguntó al recién llegado.

—No. Estaba pensando ahora en él. Y no me explico dónde ha podido meterse.

—Es raro.

—Sí. Yo esperaba que viniese a ver la duración de las nuevas burbujas.

Aleski torció el gesto.

—Duran demasiado poco — dijo —. No nos servirán para defendemos de Bahmeko...

El otro se estremeció, pero no dijo nada.

—Y no olvides que falta muy poco para que Bahmeko llegue...

—No me lo recuerdes. Sólo Ikumi puede resolver este horrible problema: es el más inteligente de nosotros.

—Tienes razón. Hasta ahora, ¿qué hemos hecho para combatir el gran peligro? Nada... ocultarnos bajo las rocas y esperar que no fuésemos nosotros sus víctimas del momento. Pero cientos, miles de los nuestros, sobre todo de los que siguen viviendo en las colinas, caen cada año en su poder... desaparecen.

—Es una maldición.

—Y terrible.

Hubo una pausa y los dos «kumos» volvieron sus cabezas hacia la playa donde los otros jugueteaban, sin saber cuán importante era para ellos aquello que tomaban por diversión.

Ninguno de los tres — Ikumi, Aleski y Umika — habían dicho nada a los demás de las experiencias del primero. Excelentes nadadores, los «kumos» eran capaces de permanecer bajo el agua un largo rato, pero no el suficiente para escapar a la amenaza que, cada año venusiano, les traía la presencia de lo que ellos llamaban Gran Peligro.

Ikumi había tenido la idea de aprovechar la respiración de ciertas plantas submarinas para apoderarse de las burbujas de oxígeno, uniéndolas de manera a formar una especie de refugio que permitiese a los «kumos» permanecer todo el tiempo, una semana de Venus, que Bahmeko reinaba sobre aquella parte del planeta.

Pero, hasta el momento y a pesar de todos sus esfuerzos, no logró más que mantener las burbujas un tiempo ridículamente corto del que en realidad necesitaban para salvarse.

—¿Dónde estará Ikumi? —insistió Umika.

—¿No habrá ido a las colinas?

—No. Nos lo hubiera dicho.

—No irás a decir que le ha ocurrido algo, ¿verdad?

—No lo sé.

Un nuevo silencio.

Después Aleski propuso:

—¿Por qué no preguntamos a los «irinos»?

—Deben de dormir ahora.

—No importa. Ellos están siempre por la playa y nos dirán lo que ha podido ocurrirle a nuestro compañero.

—Está bien. Vamos.

Se dirigieron hacia una de las masas de juncos que bordeaban el lago. Era la más densa y hubieron de hacer esfuerzos para abrirse paso entre las afiladas lanzas verdes.

Los grandes ojos de Aleski, que rompía la marcha, tropezaron, muy pronto, con la masa rojiza del pingüino.

Momentos después, el «irino» salía de su madriguera de juncos, aún medio dormido.

Se expresó por gritos que los «kumos» comprendían perfectamente, ya que vivieron durante milenios en compañía de aquellas curiosas y graciosas aves.

Cuando el pingüino hubo relatado todo lo ocurrido y señalado la dirección que Ikumi y sus raptores habían tomado, volvió al juncal, dejándose caer en el interior y durmiendo inmediatamente, tan profundamente como cuando le habían despertado.

Los dos «kumos» quedaron pensativos.

—¿Qué puede significar todo esto? —inquirió finalmente Umika.

—No lo entiendo. El «irino» ha hablado de seres más grandes que nosotros, pero que se mueven de la misma forma... Yo no he visto jamás una cosa semejante.

—No lo sé.

—Creo que debemos seguir el camino por el que llevaron a nuestro compañero y saber qué han hecho con él.

—Si lo han matado — la voz del otro era dolorosa —, nunca podremos salvarnos del Gran Peligro.

—Veamos primero si sigue vivo.

No les fue muy difícil seguir el camino que había llevado Ikumi. Los «kumos» poseían un perfecto sentido de la orientación y, además, olieron en seguida algo que les era completamente desconocido y que demostraba la existencia de criaturas que su fino olfato no había percibido nunca.

Avanzando con toda clase de precauciones, atravesaron el espeso bosque de líquenes, llegando a. la explanada donde la astronave se había posado. Al ver el aparato, los ojos de los dos venusianos se abrieron, dilatándose al máximo.

El asombro se pintó en sus rostros.

Eran lo suficientemente inteligentes como para «percibir» que aquella enorme masa no estaba viva, sino que era algo formado por material inerte; pero justamente, el blindaje del astrocohete les impedía percibir lo que había

en su interior.

Se miraron, largamente.

Se daban cuenta, gracias a su maravilloso olfato, de que allí acababan las huellas olorosas que los captores de Ikumi habían dejado por el camino. También percibían que el olor de su camarada cesaba allí, justamente ante aquella enorme masa metálica.

—Es una especie de cueva artificial — dijo Aleski.

—Eso creo yo. Pero está cerrada por todas partes.

—¿Y si usásemos el «armek»?

—Crees que daría resultado.

—Probémoslo, al meno

—Tienes razón.

Se cogieron de las manos, entrelazando fuertemente los dedos largos y nudosos. Al mismo tiempo se concentraron con toda la fuerza de sus mentes, dirigiendo sus miradas hacia el astrocohete.

Aquello era el «armek».

Los «kumos» lo habían descubierto hacía mucho tiempo. Se trataba de un poder de penetración mental, cuya intensidad estaba en razón directa con el número de los individuos que se cogían de las manos. Un flujo telepático de gran intensidad surgía de aquel contacto, pudiendo entonces establecer comunicación con «kumos» distantes o separados de ellos, por barreras naturales o artificiales.

Pasaron unos minutos.

Era evidente que la pared de la astronave oponía una resistencia mayor que la que habían encontrado hasta entonces; pero, gracias a la intensidad del esfuerzo de conjunto que estaban llevando a cabo, no tardaron en tropezar con la mente de su desaparecido compañero.

—«Estamos aquí, Ikumi».

—«Ya lo siento. He caído prisionero de unos seres que han venido del espacio. Provienen, según he podido saber, de «Elkamia», el planeta siguiente al nuestro...»

—«¿No puedes escapar?»

—«No, me tienen fuertemente atado; pero, por el momento, no corro ningún peligro».

Hubo una pausa.

—«No nos habrás olvidado, ¿verdad?»

—«No».

—«Tampoco habrás olvidado, suponemos, que falta muy poco para la llegada del Gran Peligro».

—«No he olvidado nada. Esperad hasta mañana por la noche. Si no he regresado, volved con otros muchos. Veremos lo que podemos hacer».

—«¿Tienes algún plan?»

—«No lo sé aún... pero es posible que lo encuentre».

Rompieron el contacto después y los dos venusianos regresaron lentamente hacia la playa.

* * *

Alan encendió un nuevo cigarrillo, haciendo lo posible por calmar sus excitados nervios; pero, cuando se dio cuenta de que era completamente inútil, salió de su cabina, andando por el amplio pasillo que recorría la astronave longitudinalmente.

Había notado perfectamente, desde la llegada a Venus, todo el cambio que hacia su persona se realizó en el espíritu de los tripulantes. Salvo el cocinero chino, que había viajado con él la otra vez, todos los demás se separaron de su compañía, haciéndole sentir a veces la sensación de que no existía para ellos.

No contaba para nadie y todos los honores eran para el «nuevo capitán». Era indudable, y además perceptible en cualquier momento, que Fred estaba orgulloso de su nueva posición prominente y que, por las miradas que dirigió a la periodista, estaba dispuesto a aprovechar al máximo.

Alan Dalt se encogió de hombros.

Mientras las cosas no le afectasen personalmente, poco le importaba lo que ocurriese a bordo del «Ícaro» o en una de las expediciones a la tierra venusina.

Aunque, ¿en realidad no le importaban las cosas?

Entonces ¿por qué había abandonado su cabina, cuando todo el mundo dormía y se paseaba ahora por el solitario pasillo?

Cuando llegó al final; junto a los departamentos de la cocina, oyó la máquina de fregar platos y su rostro se alegró al saber que había alguien en la astronave que seguía considerándole como antes.

Entró en la cocina.

Than-shu estaba de espaldas, colocando la vajilla seca, a medida que salía de la máquina.

Alan contempló al pequeño chino, recordando todo lo que habían pasado juntos. Muchas de aquellas escenas, que ahora desfilaban con rapidez por su mente, estaban impregnadas del cómico terror que el oriental tenía por las cosas más sencillas.

Y ahora, al rememorarlas, Dalt sonreía.

Esperó que la máquina se parase automáticamente; entonces:

—¡Hola, Than! —saludó.

El chino se sobresaltó, sonriendo cuando al volverse vio quién le visitaba.

Saludó:

—Buenas noches, capitán.

Dalt frunció el entrecejo.

—No debes de llamarme capitán, muchacho. Sabes que ya no lo soy.

La sonrisa no se borró de los labios del oriental.

Dijo:

—Usted seguirá siendo el caftán, señor Dalt; al menos para mí.

—Bueno — concedió el joven —, pero no debes llamármelo delante de los otros.

El chino asintió:

—De acuerdo.

Hubo una pausa y Alan encendió un nuevo cigarrillo.

—¿No quiere usted un vaso de café? —inquirió el asiático.

Alan accedió:

—Sí, prepárame una taza... ¿Qué te, ha parecido el extraño hombrecillo que ha cazado el profesor Wellington?

—¡No me hable de eso, por favor!

—¿Tienes miedo, Than?

—Un poco. Todas esas criaturas de estos mundos me dan no sé qué...

Alan dijo, pensativo:

—A mí me ha dado lástima. ¿No viste cómo pedía que le dejaran libre?

Than-Shu dijo:

—Sí, ya lo oí.

—Pero no hubo nada que hacer. Wellington y los demás lo consideran como un animal, como una presa de caza.

Y después de un corto silencio, mientras el chino oprimía la presión de la cafetera preguntó:

—¿Dónde lo tienen, Than?

El otro se volvió, mirándole con los ojos abiertos, todo lo que podía abrirlos.

—¿Qué intenta hacer, señor...?

Había angustia y miedo en su voz.

—Quería hablar con él. Ya has visto que entiende perfectamente el inglés, si se lo habla despacio. ¿Dónde lo tienen?

El chino dijo:

—En la cabina nueve, pero el profesor se ha guardado la llave...

Dalt sonrió.

—Lo supongo... Ese viejo zorro lo considera corno algo personal; pero, Than — y su voz se hizo melosa —, yo creo recordar que tú tienes un duplicado de todas las llaves de a bordo.

—Es verdad, señor...

Luego, dándose cuenta de lo que en realidad quería decir la pregunta del

otro quiso saber:

—No irá usted a querer que se la dé, ¿verdad, capitán?

—Eso es precisamente lo que deseo, Than; me has comprendido.

—¡Pero será mi pérdida! Todo el mundo sabrá que yo tenía las llaves duplicadas...

Alan negó:

—Nadie lo sabe, ni el nuevo capitán. Sólo lo sabemos tú y yo, amigo mío.

Le temblaban las manos al chino.

—No sé, capitán..., pero todo esto es muy peligrosa... ¿Para qué quiere hablar con ese hombrecillo? No le comprendo, capitán.

Alan explicó:

—Porque deseo saber por qué quiere que le dejemos libre. Puede ser que le estemos causando un daño irreparable teniéndolo aquí por la fuerza. Además, no es ningún animal, Than: es un hombre, muy parecido a nosotros.

Than-Shu opuso:

—¡Mucho más feo que nosotros, señor!

Alan sonrió.

—Está bien. Dame la llave y quédate aquí. Volveré en seguida. Apenas unos minutos y sabré a qué atenerme.

Había cogido la taza de café de manos del asiático y se la bebió, sin dejar de mirarle.

Than dudó unos segundos.

Miraba a Dalt, con ojos suplicantes, pero la expresión del joven no se modificó en lo más mínimo y el chino comprendió que no había nada a hacer por oponerse a sus deseos.

Fue hacia un armario y sacó un manojo de llaves, eligiendo una de ellas que tendió, no sin titubeos, al ex capitán.

—Tome, es ésta..., señor... ¡Pero, por Dios, tenga mucho cuidado!

Alain le golpeó la espalda.

—No temas. Volveré dentro de un rato.

Y salió al pasillo.

CAPÍTULO VI



EGUÍA todo tan silencioso como antes.

Marchando, con sumo cuidado, Alan retrocedió hacia proa, llegando poco después a la cabina número 9, que, generalmente, se utilizaba como almacén.

Miró enfrente a la puerta nueve, viendo que estaba, allí la cabina de la periodista.

Acercándose, a la puerta, colocó el oído sobre el aluminio, no oyendo absolutamente nada.

Debía de dormir profundamente.

Le dolía, sin saber exactamente por qué, que aquella muchacha le hubiera, desilusionado, ya que siempre la creyó lo bastante inteligente como para darse cuenta de que nunca hubiese permitido que corriera el menor peligro; pero, al recordar que se había reído de ella, sin hacerlo con mala intención, se dijo que había cometido un error lamentable.

Ahuyentando aquellas ideas, se consagró a abrir la puerta de la nueve con todo cuidado, lográndolo en medio del mayor silencio.

La habitación estaba a oscuras.

Cerró la puerta, una vez sacada la llave, a su espalda. Luego buscó el conmutador con la mano, a tientas, y entendió la luz.

El venusiano estaba allí.

Seguía atado y Wellington había unido el extremo libre del hilo de perlán a uno de los muebles.

El hombrecillo le miró con los ojos inmensamente abiertos, sin, que la expresión de su rostro cambiase en lo más mínimo.

Alan se acercó a él y se sentó al borde del lecho. El venusiano estaba al otro lado, en el rincón opuesto.

Durante unos segundos, los dos seres se miraron, contemplándose con una atención creciente.

Por último, Alan con voz insegura dijo:

—He venido a hablar contigo.

—Te esperaba.

—¿Eh?

La respuesta del venusiano le dejó mudo de asombro.

¿Era una sonrisa aquella mueca extraña que apareció en el rostro del hombrecillo verde?

Dalt no podía saberlo.

—Sí — siguió diciendo el venusiano —. Te esperaba porque me di cuenta, desde el primer momento, de que tú no pensabas como los demás.

—¿Eres capaz de leer el pensamiento?

—No por completo, pero puedo hacerme una idea bastante acertada de la clase de pensamientos que hay en un cerebro.

—¿Cómo es posible que hayas aprendido a hablar nuestra lengua tan rápidamente?

—Para nosotros, los «kumos», eso es muy sencillo.

—¿Sois «kumos»?

—Sí.

—¿Qué significa esa palabra?

—«Kum» es el color de nuestra piel.

—Comprendo.

Hubo una pausa y el venusiano, después pidió:

—Tienes que ayudarme a salir de aquí. Además, para eso has venido.

Vencido por el arma mental del otro, Alan sonrió al decir:

—Sí, es verdad. He venido para sacarte de aquí. Me di cuenta de que deseabas unirte a los tuyos.

—Eso es.

—También hablaste del Gran Peligro. ¿Qué es eso?

El otro entornó los ojos. Debía de ser aquél un gesto de temor.

—Es algo horrible. El Bahmeko llega cada año, a veces cada seis meses. Y todo desaparece con él.

—¿Cómo lo has llamado?

—Bahmeko.

—¿Qué significa?

—Bahm es el color de la noche, pero mucho más intenso. «Eko» significa aíre frío.

Alan meneó la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que tengáis miedo de un aire frío de color negro?

—Yo no sé qué nombre le daríais vosotros. Pero es espantoso. Ya te he dicho que todo desaparece a su paso.

—¿Es una especie de huracán?

—No. A veces hay grandes tormentas en este planeta. Pero no es eso. El Gran Peligro se presenta de repente, sin ruido, con calma y silencio.

—No entiendo; pero, de todas maneras, creo que dijiste que estabas intentando ayudar a los tuyos para defenderlos, de ese peligro, ¿no es así?

—Sí. ¡Tengo que salir de aquí! ¡Compréndelo!

—Bien, perfectamente... a eso he venido. Pero antes de que te saque de

aquí, dime una cosa.

—Pregunta.

—¿Ese Gran Peligro puede afectamos a nosotros?

—No lo sé. Vuestro aparato es fuerte, resistente, pero el Gran Peligro lo barre todo.

Alan sonrió.

—De acuerdo. Es natural que no sepas si esa cosa atacará o no a la astronave. Escucha, vamos a salir, en silencio. No puedo sacarte por la rampa, ya que el ruido que produciría al abrirse despertaría a alguien. Eres lo suficientemente pequeño para poder salir por las toberas.

—¿Toberas?

—Sí, son los tubos que despiden los gases. Ahora verás. Ven.

Lo desató, cuidando de recoger el perlán y guardarlo en uno de los bolsillos; después, seguido por el hombrecillo, tras apagar la luz, abandonó la estancia, y salió al pasillo.

—Por aquí — musitó, dirigiéndose hacia popa.

Las toberas estaban desconectadas de la pila atómica y fue sumamente fácil mostrar el camino al venusiano. Cuando éste se dio cuenta de que estaba marchando hacia la libertad, se volvió, mirando a Alan con los ojos enormes.

—Ikumi no olvidará nunca esto, amigo.

—No te preocupes y ten cuidado de que no te vayan a cazar otra vez.

El hombrecillo penetró en la tobera y salió inmediatamente apotro lado, ya fuera del «Ícaro».

Dalt cerró la cámara y regresó a la cocina.

—Toma tus llaves, Than.

—Pero...

—¿Qué hay?

—¡Usted ha liberado a ese hombrecillo, capitán!

—¿Lo has visto?

—Sí.

—Pues cierra el pico, amigo mío. Nadie lo sabrá si tú no lo dices... ¿entendido?

—Así lo haré.

—Muchas gracias, Than.

—De nada, señor...

* * *

Los gritos del profesor Wellington, nada, más se hizo el alba, llegaron hasta los más escondidos rincones de la nave.

Todo el mundo salió para ver lo que le ocurría.

Alan se levantó también, deseando no ser el blanco de las sospechas, aunque estaba seguro de que el biólogo no sabría la verdad.

Se habían reunido todos en el salón y el rostro del profesor Wellington expresaba por sí sólo la cólera que le invadía.

—¡Se ha escapado! ¡Se ha escapado!

—¿Quién? — inquirió Dalt, con el mejor aire de inocencia que pudo lograr.

La doctora, que estaba a su lado, se volvió hacia él, excitada.

—¡El hombrecillo que cazamos ayer!

—¡No lo comprendo! —exclamó el profesor, rojo de cólera —. ¡Le dejé fuertemente atado, con el hilo de perlán y...!

—A lo mejor lo devoró — intervino Alan.

—Es imposible. Yo no sé cómo ha podido ocurrir. ¡El mayor triunfo científico de mi vida!

Crowdall sonrió, acercándose al profesor.

—No debe preocuparse tanto, Wellington. Cazaremos otros.

—¿Cuándo? —inquirió el sabio, con un brillo codicioso en la mirada.

—Hoy mismo. Pueden formar un grupo y volver a la playa. Nosotros, es decir, el profesor Steson y yo tenemos que preparar unos cálculos para estudiar la posibilidad de construir en las colinas.

Wellington miró a los otros, buscando alguien que le acompañase; pero, como nadie hiciese el menor gesto, preguntó:

—¿Quién podría venir conmigo, señor Crowdall?

—El señor Dalt, ya que no salió ayer.

—Es verdad — intervino Fred —. Yo debo quedarme en el «Ícaro». Tengo que repasar unos cálculos. ¿Irás, Alan?

—Si tú lo mandas...

—Yo también iré — dijo la periodista —. No quiero perderme una buena cacería.

A Dalt le fastidiaba tener que intervenir en aquel asunto, pero estaba dispuesto a impedir, fuese como fuese, que el profesor capturase un venusiano más.

—Deben ir armados con rifles — dijo John —. Y no olviden aquellos malditos pingüinos rojos. Yo creo que, si hubiésemos disparado contra ellos, no nos hubieran dado tanta lata.

—Dispararemos contra ellos — aseguró el biólogo.

Momentos después y cuando se hubieron puesto los equipos espaciales, salieron los tres fuera del «Ícaro». El profesor les precedía, guiándolos.

Penetraron en el bosque de líquenes por el mismo camino que el día anterior. El sendero era estrecho, pero Alan se dio cuenta de que no era lo bastante para que Diana se quedase, a su lado, tan atrasada.

Pronto salió de dudas.

La joven aprovechó la distancia que les separaba del profesor, ensimismado en llegar cuanto antes a la llanura.

—¿Por qué lo ha hecho usted, señor Dalt?

El la miró, sorprendido, sin comprender nada de momento.

—No entiendo... — dijo.

No se haga el inocente. Oí perfectamente cuando usted abrió la puerta de la cabina nueve, donde estaba el venusiano. Después, por el ojo de la cerradura de mi propia cabina les vi salir y dirigirse a popa.

Dalt se mordió los labios.

Estaba tan seguro de que nadie lo sabía, excepto el chino, que las palabras de la muchacha le sentaron como una ducha fría.

—Le he preguntado por qué lo hizo — insistió ella.

—Porque creí obrar bien.

Diana sonrió.

—Está resentido por haber dejado de ser el capitán, ¿verdad?

—Se equivoca usted.

—No lo creo. Pero espero siempre una justificación. He venido con ustedes porque no me gusta denunciar a nadie sin antes conocer los motivos que le impelieron a hacer ese desatino.

La cólera se apoderó de él.

—¿Desatino? ¿No encuentra otra palabra peor para calificar lo que el profesor y ustedes hicieron ayer?

—No le entiendo.

—Pues voy a explicárselo en seguida, señorita. El venusiano era un ser inteligente, un hombre en cierto modo, alguien humano, en todo caso. ¡Y ustedes lo trataron como a un animal, como si fuese un mico cazado en la selva africana!

—Creo que se deja usted llevar por un excesivo sentimentalismo, señor Dalt. Pero de nada va a servirle, porque pienso comunicar lo que hizo usted a quien convenga.

—¿Por qué no lo hizo esta mañana?

—Porque deseaba saber la verdad.

—Ya se la he dicho.

—No del todo... al menos como yo la pienso. Si usted me hubiese dicho que obró para vengarse de la decisión del señor Crowdall, al hacerle abandonar el puesto de capitán... creo que le hubiera comprendido y hasta hubiese olvidado todo esto. Ya que, después de todo, volveremos con dos o tres de esos micos verdes.

—Se equivoca usted al juzgarme, señorita. Yo no guardo rencor a nadie y me importa un bledo el haber dejado el mando del «Ícaro» — sonrió —.

Porque, después de todo, y he de decírselo para que sepa la verdad, yo he sido quien hizo aterrizar la astronave y el único, óigame bien, que puede hacerla partir.

Una luz eléctrica brilló en los ojos de ella.

—¡Jamás me encontré ante un hombre cuya pedantería fuese más estúpida!

—No es pedantería, señorita Cowerland. Es la verdad, la escueta y clara verdad.

—¡No me diga! Eso quiere decir que, si usted nos faltase, tendríamos que quedarnos en Venus, ¿verdad, señor «Superman»?

—Tómelo a broma; pero, desdichadamente, es cierto.

—¡Basta! ¡He sido demasiado paciente con usted, señor Dalt!

Y se adelantó, furiosa, llegando al lado del profesor pocos instantes después.

Alan la siguió.

Estaba de pésimo humor, más que todo por el bajo concepto en que ella le tenía, como si hubiese obrado por puro instinto de venganza y no por liberar a Ikumi, un ser que merecía ser tratado como tal.

Momentos más tarde desembocaban en la planicie, dirigiéndose directamente hacia el lago.

—Deben vivir en los juncales — dijo el profesor, cuya excitación aumentaba por momentos.

—Cogeremos unos cuantos, señor Wellington — le animó la muchacha.

Alan no dijo nada.

Nuevas ideas rondaban en su mente y estaba debatiéndose en un mar de confusiones.

Atravesaron la llanura, dejando, a la izquierda las colinas y llegaron a la orilla del lago media hora después.

Todo estaba tranquilo y silencioso.

—Tendremos que ocultamos — dijo el profesor.

Pero, cuando iban a hacerlo, las aguas se removieron, dejando aparecer las cabezas de medio centenar de venusinos, que nadaban velozmente hacia la orilla.

A la vista de aquella tremenda cantidad de presas, la excitación del biólogo llegó al máximo.

—¡Qué cacería! ¡Qué cacería! Llevaremos algunos muertos y un par de vivos, por lo menos.

Alan se estremeció.

Porque comprendía que la catástrofe que se precipitaba iba a recaer sobre él, cuya responsabilidad se le aparecía claramente. Era indudable que los «kumos» venían hacia ellos, hacia él, porque Ikumi les había comunicado que él era su salvador.

¿Cómo podían obrar tan estúpidamente?

Sin saber qué hacer, miró, desesperadamente, a los nadadores que se acercaban presurosos a la orilla. El ruido de las armas del profesor y de la periodista, que estaban montando sus rifles de repetición, le arrastró con brutalidad hacia la realidad.

Pronto sonarían los disparos y aquellas inocentes y confiadas criaturas caerían examines sobre la playa.

Fue entonces cuando recordó la facultad de Ikumi, cuando le dijo, al entrar en la cabina nueve, que ya conocía, sus ideas y que sabía que iba a liberarle. Le explicó también que no se trataba de un poder telepático completo, sino de una sensibilidad especial hacia otros seres.

Furiosamente, con toda la fuerza de su alma, se puso a pensar en el peligro que se cernía sobre los «kumos», deseando, con ardor, que interpretasen sus pensamientos que eran como un mensaje de avisó hacia ellos,

Pero la suerte no le favoreció.

Por eso, al ver que algunos venusianos habían llegado a la orilla y que el profesor se disponía a disparar contra ellos, dio un salto, desviando el arma de Wellington en el justo momento en que éste oprimía el gatillo.

La bala subió hacia el cielo.

Arrancando el rifle de las manos del sorprendido científico, la tiró a lo lejos.

—¿Qué significa esto? — gritó el sabio—, ¿Se ha vuelto usted loco, señor Dalt?

Pue Diana la que contestó a aquella doble pregunta.

—No, profesor. No se ha vuelto loco. Lo que ocurre es que fue él quien liberó al animal que usted capturó ayer.

Los ojos de Wellington se abrieron como platos.

—¿Usted? —balbuceaba, incapaz de dominar la cólera que se había apoderado de él —. ¿Usted ha sido capaz de hacer eso...?

Sí, fui yo. Y lo haría mil veces, si mil veces se me presentase la ocasión.

—¡Es usted un miserable!

Alan se encogió de hombros, volviéndose a la muchacha.

—Cuidado, señorita — empuñaba su propio rifle —. No deseo disparar contra usted, pero lo haré si abre fuego contra esas criaturas.

Había tanto desprecio en los ojos de ella, que no le extrañó ver que unas lágrimas caían mansamente de ellos.

—¡Es usted un canalla! — exclamó, tirando el rifle junto al del profesor —. Se atreve usted con un anciano y una mujer indefensa. Pero no crea que esto quedará así. Hay hombres en la astronave que le enseñarán a comportarse como un ser civilizado.

Dalt la miró, fijamente.

—No tendrá ocasión de verlo usted, señorita Cowerland.

Se había agachado y quitado los cerrojos de los dos rifles; después, mirando al profesor, dijo:

—Ya pueden regresar a la nave.

Había visto detenerse a los «kumos» y reconoció entre ellos a Ikumi, que le miraba fijamente con sus grandes ojos.

Volvió a ordenar:

—¡Váyanse!

—¿Y usted?

—Yo me quedo con estas criaturas que, al menos, no han pensado en cazarnos para presentarnos en algún museo.

—¡Está usted completamente loco!

—¿Por qué? ¿Porque me atrevo a comparar a esos seres con nosotros? ¿Es que somos distintos?

Diana cogió al profesor por el brazo.

Dijo:

—Vamos, señor Wellington. Después de todo, cuando vengamos a la llanura, no cazaremos solamente micos verdes, sino que daremos su merecido a un humano cobarde.

Dalt se mordió los labios, deteniendo a tiempo las palabras que pugnaban por salir de su boca.

Vio que el profesor y la muchacha se alejaban, no habían cogido los rifles, y se entretuvo en colocar los cerrojos mientras ellos se dirigían lentamente hacia el bosque.

Hasta que desaparecieron.

Cuando los líquenes, en barrera densa, borraron las imágenes de los dos terráqueos, Alan Dalt se volvió hacia la playa, sonriendo, viendo que Ikumi se adelantaba hacia él.

Y sorprendió aquella manera de arrugar los labios que, indudablemente, debía de ser el equivalente a la sonrisa en el rostro de los simpáticos «kumos».

CAPÍTULO VII



E había sentado junto al borde del agua, rodeado de venusianos. Hacía ya más de una hora que el profesor Wellington y la muchacha desaparecieron en el bosque de helechos.

Alan explicó a Ikumi las intenciones del sabio, diciéndole también que se había esforzado en avisarle.

—Pensaba con todas mis fuerzas en el peligro que nuestra presencia significaba para vosotros.

—Ya me di cuenta — dijo el hombrecillo —, pero estaba seguro de que encontrarías la manera de resolver el problema.

Dalt no pudo por menos que sonreír.

¿No tenía aquella criatura una idea equivocada de sus poderes? Seguro que, si los otros hubieran venido a la playa, ahora habría un buen número de cadáveres sobre la arena.

—No es que sean malos — explicó al venusiano —. Son hombres de ciencia, ¿entiendes? Gente dedicada al estudio y con una deformación de la personalidad que les hace olvidar, la mayor parte de las veces, cosas que un niño no dejaría pasar por alto.

—Nosotros no nos hemos dedicado jamás a la ciencia — repuso Ikumi —. Somos una raza joven y no creo que estemos dotados para el estudio. Fíjate que yo comprendo perfectamente lo que me quieres decir: incluso veo en tu mente montones de esas cosas que vosotros llamáis libros y salas denominadas laboratorios. No, nosotros, los «kumos», no hemos nacido para el estudio.

—¿Por qué no?

—Ya lo verás.

Y después de una pausa comunicó:

—Todos mis amigos se alegran mucho de que te hayas quedado con nosotros. Te necesitamos.

—¿Para qué ?

—Para que vengas con nosotros a ver a Irki.

—¿Quién es?

—El más viejo de los «kumos». Habita en una cueva, en lo alto de aquellas colinas y su sabiduría es grande. Sólo él ha sido capaz de escapar al Gran Peligro. Nadie es tan anciano como él.

»Aleski fue a verle ayer, cuando yo estaba prisionero en vuestra nave. Fue a explicarle lo ocurrido, pero Irki no le dejó hablar, diciéndole que lo sabía todo.

»Habló de la presencia, entre las criaturas que habían llegado del espacio, de una que nos iba a ser de gran utilidad. Dijo que deseaba verla y que estaba seguro de que nos ayudaría a luchar contra el Gran Peligro. Esa criatura eres tú...

Todo aquello le parecía absurdo y comprendió que los venusianos eran, en efecto, una raza primitiva y que vivían en medio de una superstición tremenda, a la que contribuía aquel terror que sentían por el Gran Peligro.

Aunque se daba cuenta de que estaban tremendamente equivocados, no quería defraudarlos.

—Está, bien — repuso —. Iré a ver a ese anciano «kumo».

—Antes — dijo Ikumi —, hemos de solucionar lo de tu comida. Algunos de mis amigos están recogiendo frutas del fondo del lago y esperamos que las encuentres agradables.

En efecto, justamente en aquellos momentos, un grupo de hombrecillos salía del agua, con racimos de esferas de variados colores, del tamaño «aproximado de las cerezas.

Colocaron los frutos marinos al lado de Alan y éste pensó entonces en que tendría que afrontar el ambiente de Venus, quitándose la escafandra, para comer. En el viaje anterior ya había comprobado que se podía salir de la astronave sin ninguna protección, pero también sabía que más de una hora no se podía estar de aquella forma, ya que la riqueza de carbónico de la atmósfera del planeta era bastante perjudicial para el organismo humano.

Estaba tranquilo respecto a la reservas de los depósitos donde el oxígeno se sintetizaba, uniéndose al nitrógeno del aire venusiano para proporcionar una atmósfera respirable.

Prácticamente, las escafandras servían para muchísimo tiempo.

Después de quitarse el casco de plástico, probó los frutos, encontrándolos agradables aunque excesivamente dulces; pero, cuando hubo comido unos cuantos, se percató de que su apetito se había calmado y que se encontraba como nuevo.

Volvió a ponerse el casco espacial y levantándose dijo:

—Ya podemos ir, Ikumi.

El hombrecillo se levantó a su vez y empezó a marchar hacia las colinas. Sólo Aleski y Umika le seguían.

Los otros volvieron al agua.

—¿Os gusta el lago, eh? —-inquirió Alan.

—Siempre hemos sido excelentes nadadores, pero ahora estamos intentando aprender a resistir lo suficiente bajo el agua para defendemos contra el Gran Peligro.

—¿No penetra en los líquidos?

—No.

Iban ascendiendo y pasaron, poco después, por un estrecho desfiladero, entre dos mesetas. El espectáculo que se ofreció a los ojos del terrícola al otro lado era verdaderamente inesperado.

Vio una zona rocosa, de formas extrañas, dibujando una especie de circo

inmenso, cuyo suelo parecía tapizado de un verde semejante al de la piel de los venusianos. Sólo cuando descendió hasta aquel suelo comprendió el motivo del colorido.

El suelo estaba cubierto por completo de «kumos» muertos; pero, lo verdaderamente extraño era que los cuerpos de los venusianos parecían vacíos momificados de una curiosa manera.

No había forma de no pisarlos y Alan experimentó una extraña sensación al andar sobre ellos.

—Ésta es la obra del Gran Peligro — dijo sombríamente Ikumi.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos estos hermanos nuestros murieron la vez última, cuando el terrible «Bahmeko» llegó a nuestro pueblo.

—¿Murieron todos éstos?

—Y muchos más, que llenan otros espacios al otro lado de aquellas rocas. Fue espantoso.

Dalt, desde que había oído hablar de aquel Gran Peligro, estaba profundamente preocupado, intentando adivinar la naturaleza verdadera. Estaba casi plenamente convencido de que debía de tratarse de una especie de epidemia que diezmaba a los venusianos una vez al año: uno de esos misteriosos mecanismos de los que se sirven la naturaleza para mantener sus cifras de distribución de razas.

El aspecto de aquel circo rocoso era lamentable.

Porque el joven se percató de que estaban andando sobre una gruesa alfombra de cuerpos vacíos, como globos desinflados.

Como si leyese sus pensamientos, y en realidad era así, Ikumi dijo:

—Los vacía por completo, amigo mío. No deja más que la piel. Por eso tienen este desagradable aspecto los cuerpos de mis hermanos muertos.

Alan logró, no con pocos esfuerzos, dominar la repugnancia que le causaba andar por aquella alfombra blancuzca que, cosa extraña, no despedía el hedor que podía esperarse de la descomposición orgánica de los cadáveres allí acumulados.

Tardaron más de quince minutos en atravesar, el circo.

Una vez al otro lado, Ikumi condujo al terrícola por un camino sinuoso y estrecho, deteniéndose ante la angosta entrada de una cueva.

—Espera un instante — dijo —. Voy a decir a Irki que has llegado.

Desapareció, por una abertura por la que Alan no habría podido pasar, volviendo a salir de nuevo, poco después, seguido de un congénere, cuyo color se había tomado amarillo con la edad y que caminaba con visible dificultad.

Era Irki.

Los grandes ojos del venusiano le miraron detalladamente: luego, con toda

solemnidad, se sentó en el suelo haciendo un gesto al terrícola para que le imitase.

—Estoy muy contento — dijo en un inglés curiosísimo, lleno de extraños silbidos — de que hayas venido a nuestro lado.

—¿Cómo ha aprendido nuestra lengua? —inquirió Alan.

—La ha tomado de mi cerebro esta noche — repuso Ikumi —. Irki es muy sabio y no hay dificultades para él.

—Comprendo.

Irki no separaba sus ojos de él.

—Tú has venido a libramos del Gran Peligro, amigo; en realidad, yo te esperaba desde hacía muchísimo tiempo. Sabía que volverías.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya estuviste otra vez en nuestro mundo. Yo sentí las preocupaciones de tu mente y me puse en camino hacia tu extraño aparato, deseando entrar en contacto contigo... Pero, cuando llegué, ya te habías ido.

Dalt estaba maravillado de que el viejo «kumo» supiese que había estado con Fred, en Venus, antes que John Crowdall patrocinase la expedición definitiva.

—No sé si podré serte de una gran ayuda, Irki — dijo, convencido de que expresaba la verdad.

—Lo serás. Aunque tu tamaño te impide entrar en mi cueva, vas a asomarte y conocer mi secreto, el que me ha librado de las garras de «Bahmeko» durante mucho tiempo. ¡Asómate!

Dalt se arrodilló, arrastrándose después, de manera a pasar la cabeza por la estrecha entrada de la cueva. No tuvo más que asomarse para ver las llamitas que brotaban de una minúscula hoguera.

No había nada más.

Se puso nuevamente derecho.

—Sólo he visto fuego — dijo.

—¿Así lo llamáis? —inquirió el viejo—. Nosotros lo llamarnos «ekerzia»... es algo sagrado que detiene el Gran Peligro o, al menos, lo ha detenido hasta ahora.

Alan se volvió a Ikumi, asombrado:

—¿Por qué no lo utilizáis vosotros también? — preguntó.

—Porque no sabemos manejarlo — fue la imprevista respuesta—. Irki ha intentado darnos de él muchísimas veces, pero se nos muere en cuanto sale de la gruta sagrada.

El joven terrícola se mordió los labios.

Hubiese querido reírse, pero logró dominarse. De todas maneras, se trató de estúpido por no haber encontrado antes la explicación de todo aquello.

La gruta de Irki debía de estar alimentada, quizá por manantiales gaseosos,

de oxígeno, lo que hacía que el luego se mantuviese eternamente vivo en el interior, con sólo echarle combustible; pero, fuera de la cueva, en la atmósfera de Venus y por culpa de su riqueza en carbónico, el fuego se apagaba casi en seguida.

—¿Comprendes nuestra tragedia? — inquirió su amigo —. Tenemos el arma contra el Gran Peligro, pero no podemos utilizarla.

—Sí que lo comprendo. Lo que no llego a entender es la naturaleza de ese Gran Peligro.

Los ojos del viejo Irki brillaron con intensidad inusitada.

—Pronto lo conocerás — dijo —. No tardará mucho en venir y acabará con la raza de los «kumos». También matará a tus amigos y hasta a ti, si no has encontrado la manera de defenderte y defendemos.

Dalt comprendía perfectamente lo que el anciano quería decirle y ya empezaba a darle vueltas al problema en su cabeza. Lo importante era, indudablemente, el fuego, pero la dificultad de mantenerlo en la atmósfera venusiana era el mayor hándicap con que se encontraba.

—¿Cómo es el Gran Peligro? — preguntó a Irki.

—Es negro, mucho más que la noche y frío, muy frío. Dicen que sus garras lo destrozan todo y que sus afilados dientes penetran en la carne, devorándola glotonamente y no dejando más que la piel.

—¿Lo has visto alguna vez?

El viejo asintió.

Sí. Una vez, hace dos años, estaba yo fuera, tomando el sol. Y le vi, desde lejos, avanzar hacia las colinas. El sol se ocultó, poco después, pero ya estaba yo en mi gruta y había colocado la «ekerzia» a la puerta.

—¿Luego colocas el fuego a la entrada?

Eso es lo único que le detiene. Pero no creas que no intenta penetrar. Ruge como algo horrible y golpea la piedra con una violencia enorme.

Alan se dio cuenta de que no iba a sacar más en claro respecto a la descripción de aquel misterioso fenómeno. Porque no podía ser otra cosa: un fenómeno de la naturaleza que atacaba a los «kumos».

Fue en aquel momento cuando Irki entornó los ojos.

—Tus amigos han salido del aparato dijo Ahora mismo.

Miró al anciano con curiosidad, no exenta de admiración. Sus poderes telepáticos debían de ser formidables.

—¿Cuántos son? —dijo.

—Seis.

—Debían ser siete.

—Uno de ellos ha quedado en el aparato: tiene los cabellos rubios.

—Ésa es la señorita Cowerland: es una mujer.

—¿Mujer?

—Sí — y Dalt sonrió, habiéndose dado cuenta que los venusianos no poseían doble sexo. Debes avisar a los tuyos, Ikumi. Que se alejen de la orilla porque los hombres dispararán contra ellos.

—Ya lo he hecho, amigo.

Irki arrugó el entrecejo.

—No son tus compañeros los que me preocupan. . Hace ya unos días que presiento la llegada de «Bahmeko». Y esta vez será terrible. ¡Busca la manera de defendemos, terrícola! ¡Los «kumos» te estarán siempre agradecidos y te colmarán de regalos!

—Me interesa solamente vuestra amistad.

—Ya sé que no eres ambicioso. Pero los del aparato no te quieren y habremos de ayudarte para que comprendan que obraste bien.

Alan sonrió.

Aquello no le preocupaba. Porque Crowdall le necesitaría en cuanto desease volver a la Tierra.

Si es que aquel Gran Peligro, que ya empezaba a preocuparle seriamente, no acababa antes con todos.

* * *

Venía del Norte...

Su masa negra, como un manto que flotase sobre el suelo, ocupaba varios kilómetros cuadrados y su altura pasaba de los cien metros.

Era una especie de densa nube que se arrastrase a ras del suelo, lenta y parsimoniosamente, extendiendo sus jirones hacia las zonas vecinas. Bajo ella, la negrura era completa y nadie, ni incluso los nictálopes venusianos, hubiesen podido ver nada.

Era como una noche de pesadilla.

Parecía, en principio, como si el viento la empujase; pero, en realidad, ninguna brisa soplaba y ella se movía por sí misma, quejumbrosamente, como un apocalíptico fantasma que representase la misma esencia de la nada.

Avanzaba...

Había salido, poco antes, de las gélidas regiones del norte venusiano, de las heladas hendiduras de los icebergs, donde yacía, acurrucada, como una mancha de tinta china sobre el níveo hielo, durante la época calurosa.

Ahora, cuando el invierno se anunciaba de mil maneras distintas, había abandonado su helado cubil y descendía hacia el centro del planeta, ávida, hambrienta, relamiéndose interiormente de los grandes festines que la esperaban más al sur.

Acelerando a veces su marcha, emitía un lúgubre rugido, un alarido prolongado y escalofriante, que helaba la sangre de quien, a muchos kilómetros de allí, lo oía.

Y eran los animales de las zonas árticas, la extraña fauna de Venus, la que miraba con ojos espantados, hacia el norte, previniendo su llegada, olfateando la presencia de la muerte que representaba.

Empujando apresuradamente a sus crías, los animales corrían hacia sus cubiles, ansiosos, temblorosos, medio muertos de miedo, intentando defenderse, con sus pobres medios, de la mancha negra que se iba acercando a ellos.

Mucho antes de penetrar en las zonas cálidas, en la que el frío invernal se anunciaba ya, «ella» descubrió una manada de animales cornudos, muy semejantes a los renos de la Tierra, pero con una hermosa piel azul, que huían despavoridos ante su presencia.

Se recogió sobre sí misma, deleitándose en la contemplación de sus primeras presas de aquel año. Y avanzando sobre ellas, como una nube que era, las envolvió, ahogando los bramidos de espanto en la densa negrura de su cuerpo flotante.

No se entretuvo mucho.

Pasó sobre la manada como un soplo de cierzo invernal.

Apenas fueron unos minutos.

Pero, cuando abandonó aquella región, sólo dejó, sobre la nieve, las pieles vacías de los animales que había devorado glotonamente, rompiendo el ayuno que hacía un año conservaba allá lejos, entre los hielos, donde había pasado el largo estío venusiano.

Y siguió avanzando, implacable, como una maldición cósmica.

CAPÍTULO VIII



EGRESARON cansados de recorrer la llanura y las orillas del lago, sin descubrir ninguna presa de las que buscaban ansiosamente.

John estaba colérico.

—¡No me importa no haber encontrado ninguno de esos micos verdes! —exclamó, a voces —. Yo no he salido del «Ícaro» a cazar monos, sino a matar a ese canalla.

Fred no decía nada, pero seguía estando tan pálido como cuando le dijeron que Dalt había desertado.

Se daba ahora cuenta, cuando era demasiado tarde, de que había jugado con cartas marcadas, fiándose en la presencia de su amigo para solventar los problemas que su cargo le proporcionaba y para las que no estaba, ni muchísimo menos, preparado.

—¡Cuánto me hubiese gustado vaciar el rifle sobre él! — seguía despotricando John —. ¡El muy cobarde!

Wellington estaba compungido.

—No comprendo cómo ha podido hacerme una cosa así. ¡Dejar escapar al ejemplar zoológico más hermoso que he conseguido jamás!

—No creo que tengan que preocuparse demasiado — dijo la doctora.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió el biólogo, con una luz de loca esperanza en sus pupilas.

—Que Alan tendrá que regresar muy pronto a la astronave.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere que coma en este planeta donde no hemos visto nada comestible?

—¡Es verdad! —rio, infantilmente, el sabio—. Tendrá que volver, pero no le daremos de comer hasta que no nos devuelva el ejemplar que soltó... ¿no es verdad, señor Crowdall?

—¡No quiero verle más! En cuanto se acerque a la astronave, le recibiré a tiros... ¡De John Crowdall no se ríe nadie y menos un estúpido como ése!

Estaban ya junto al «Ícaro» y la periodista, que les había visto llegar, oprimió el botón que hacía salir la rampa.

Entraron todos.

—¿No le han encontrado? —inquirió Diana.

—No — repuso Steson —. Parece como si se le hubiese tragado la tierra; es decir, como si se le hubiese tragado Venus.

Y sonrió.

La señorita Cowerland se alejó hacia su cabina.

Estaba preocupada.

Había pensado mucho en la actitud de Dalt y llegado a la conclusión de que era ella la equivocada y la que le había juzgado con una dureza que no merecía...

Comprendía ahora que la razón estaba de la parte de Alan y que había obrado noble y humanitariamente al liberar al venusiano que, después de todo, como las circunstancias demostraban, era un ser inteligente y casi humano.

No podía olvidar la escena de la playa, cuando Dalt desarmó al profesor y la obligó a ella a deshacerse de su rifle, ante todos aquellos hombrecillos verdes que, desde la orilla, los contemplaban fijamente.

¡Qué papel más horrible había representado ella en aquella escena!

Porque en estos momentos se daba cuenta de que el proceder noble del ex capitán debía haber convencido a aquellas criaturas que ella y el profesor eran seres salvajes, inferiores que no habían sabido comprender lo que el joven entendió desde el primer momento.

—¡Qué ciega he estado, Dios mío! —dijo, en voz alta.

Salió de la cabina, deseando no estar sola y buscando un poco de olvido en la compañía de los otros.

Justamente, al llegar al salón, oyó las crueles palabras de John.

—Nada me importa lo que le haya ocurrido a ese imbécil. En verdad, considero que hemos perdido demasiado tiempo en este planeta. Steson me ha, convencido de que la, fragilidad del suelo no se presta a construir ningún edificio. Pero no hemos perdido nada. Iremos a Marte y montaremos allí lo que pensábamos hacer aquí.

—¿Quiere usted decir que regresamos? —inquirió la doctora.

—¡Inmediatamente! ¿No le complace, señorita Sumbert?

Dolly asintió, con energía.

—¡Oh, sí señor! Estaba deseando volver a la Tierra.

John sonrió.

—Perfecto — y dirigiéndose a Fred —. Ya ha oído usted, Farrell. Puede ir preparando el despegue.

El piloto se puso blanco como el papel.

Fue a decir algo, pero Diana se le adelantó.

—Un momento, señor Crowdall.

—¿Qué desea, señorita Cowerland?

—No podemos irnos sin intentar que el señor Dalt vuelva con nosotros. ¡Sería inhumano abandonarle aquí para siempre!

—¿Usted cree? — la voz de John era maliciosa y cargada de burla. Nadie le dijo que se fuese y fue e quien eligió a sus nuevos amigos. Además, yo no puedo perdonarle que haya dejado escapar el mico verde que el profesor

Wellington había cazado.

—Todo eso son nimiedades — insistió la joven—. Lo importante, nuestro deber, es buscarle v llevárnoslo con nosotros. Si una vez en la Tierra, usted desea denunciarle, está en su derecho... ¡Pero dejarle aquí constituiría un crimen!

Crowdall lanzó una estentórea carcajada.

—¡Que humanitaria se nos ha vuelto nuestra amiga. ¿Se dan cuenta? —Y con la voz repleta de mordaz intención—: Sentimos mucho no poder complacerla, señorita, pero vamos a partir inmediatamente. Después ordenó al piloto.

—¡Ponga los motores en marcha, Farrell!

Fred estaba como una estatua.

Los escalofríos del principio habían dado paso a una sensación extraña, donde el terror se iba infiltrando poco a poco, insidiosamente...

Permaneció inmóvil.

—¿Es que no me ha oído, señor Farrell?

No tuvo más remedio que contestar.

—Lo siento, señor. Pero no puedo hacerlo.

Diana le miró con simpatía, con admiración.

¡Cuánto hubiese él dado, en aquellos momentos, porque la causa de su negativa fuese la que la muchacha imaginaba!

—¿Quiere decir que desobedece usted mis órdenes. Hacer aquello equivalía a ser juzgado en la fierra y condenado a cadena perpetua.

Fred se estremeció.

—No es eso, señor. Yo estoy dispuesto a cumplir sus órdenes.

John frunció el entrecejo.

—¿Entonces...?

—Es que, la verdad, no soy capaz de colocar al «Ícaro» en posición de despegue.

—¿Qué clase de tonterías está usted diciendo, Farrell.

—La verdad solamente, señor... Yo podría hacer despegar la nave, pero no ponerla vertical. La destrozaría. Es una maniobra que sólo hombres tan experimentados como Dalt pueden llevar a cabo.

—Pero ¿qué clase de piloto es usted?

—Yo no soy piloto, señor Crowdall. Ya no me importa decir la verdad. Si acepté el cargo de capitán, fue porque sabía que el señor Dalt estaba a mi lado. También quiero confesar ahora que la señorita Cowerland no corrió peligro alguno cuando salió con el capitán al exterior. Desorbité los hechos para,..

No pudo seguir.

John con los ojos llameantes, le interrumpió:

—¡Pedazo de imbécil! ¡Estúpido! ¡Alcornoque! ¡Yo que me había fiado de él!

Y salió del salón, dando un gran portazo.

Hubo un largo silencio.

Poco a poco, los profesores y después la doctora, sin mirar a Fred, abandonaron la estancia.

Sólo quedaron Diana y el copiloto

La muchacha contemplaba al joven y terminó por acercarse a él.

—¿Es verdad todo lo que ha dicho, Fred?

El la miró y ella pudo darse cuenta de la infinita tristeza que había en sus ojos.

—Sí, Diana…, todo es verdad. Le mentí miserablemente cuando le dije que Alan era un cobarde… ¡El cobarde soy yo!

Y luchando desesperadamente contra un sollozo, volvió la espalda a la joven y salió precipitadamente del salón.

Diana sintió una gran conmiseración por Farrell; pero, al mismo tiempo, sin poderlo evitar, experimentaba una loca alegría al saber que Alan era lo que ella había imaginado el primer día que lo vio.

Porque, ¿de qué valía engañarse ahora?

Lo había admirado desde el principio y no era nada extraño que a pesar de las circunstancias, que habían apuntado siempre en contra de él, aquellos sentimientos hubiesen avanzado en su corazón.

La realidad le golpeó con fuerza cuando tomó contacto con ella, escapando del mundo de ensueños en que su gozo al descubrir la verdad la había sumido. Alan estaba fuera de la astronave y había que hacer lo que fuese para que volviera.

¡Sobre todo que no le ocurriese nada!

Y no era egoísmo, el de volver a la Tierra, lo que sólo le hacía pensar de aquella manera, sino el ansia de saberle a salvo, junto a ella, para poder suplicarle que la perdonase...

* * *

Había preparado sus redes.

Durante toda la noche, olvidando el sueño, el profesor Wellington no había dejado de pensar en su ejemplar, en los rostros de sus amigos cuando presentase a aquel venusiano en la universidad, en la ovación que cerraría la conferencia que pensaba dar...

Estaba dispuesto a conseguir un hombrecillo, fuese como fuese.

Nada le importaba lo que había ocurrido en el salón.

Que Farrell fuese incapaz de poner la astronave en posición de despegue era algo que le había alegrado, en el fondo, ya que le daba la posibilidad de

recuperar su ejemplar.

En cuanto a Alan, estaba seguro de que volvería al «Ícaro», hambriento, pidiendo perdón a todos y encargándose, como debía ser, del mando del astrocohete.

Abandonó la cabina muy temprano, dirigiéndose hacia la salida de la rampa; pero, cuando iba a oprimir el botón, se estremeció al oír pasos a su espalda.

Se volvió.

Diana estaba a su lado.

—¿Dónde va usted, profesor?

—Fuera.

—¿Va a cazar un venusiano?

—Sí.

—No debe hacerlo. Son seres inteligentes como nosotros.

—Nada me importa lo que piense, señorita Cowerland. Y le ruego que no me haga perder el tiempo.

Ella ya sabía lo que había ocurrido el día anterior y estaba segura de que el maniático biólogo no conseguiría lo que se proponía; por eso, sonriendo dijo:

—No lo logrará, profesor.

—Eso ya lo veremos. Lo único que necesito es que cierre la rampa cuando salga. ¿Podrá hacerme ese favor?

—Con mucho gusto.

Oprimió él el botón y poco después se deslizaba por la rampa.

Diana Cowerland hizo que la rampa entrase de nuevo y contempló al profesor que, volviéndose, le hizo un gesto de adiós con la mano.

«Después de todo — pensó, devolviendo el saludo al viejo —, Wellington es como todos los hombres de ciencia: un niño grande...»

Fue entonces, al mirar hacia el bosque, cuando vio que los helechos se ennegrecían, como si la noche, una noche imposible, se hubiese hecho en aquella parte.

Después la vio salir...

Era como una bruma, una niebla que se arrastraba, flotando en jirones sobre el suelo, avanzando como impulsada por un viento inexistente.

Se estremeció.

La aparición era tan fantástica, tan fuera de lugar, que el profesor se había detenido, mirándola con curiosidad.

Movida por una incomprensible intuición, ella golpeó el plástico de la ventanilla, como si quisiera llamar la atención del sabio.

—¡Vuelva, profesor, vuelva!

Pero él no podía oírla.

El hombre, después de observar la niebla, avanzó, a pasos rápidos hacia ella y el bosque.

Entonces, como si la niebla tuviese ojos u olfato y hubiese sentido la proximidad de la presa, dio un salto fantástico hacia adelante, avanzando a una velocidad increíble.

En el último instante, cuando se precipitaba sobre el profesor que, esta vez comprendió el peligro y retrocedió aterrado, Diana vio que dos jirones, como manos gigantescas o garras de una fiera fabulosa, emergían de la masa negra, atrapando al sabio cuando éste llegaba junto a la astronave.

La muchacha lanzó un alarido de terror.

Atraídos por el grito, los ocupantes del navío del espacio se precipitaron fuera de sus cabinas, corriendo junto a la muchacha que, con el rostro desencajado por el pavor, les señaló la masa negra que ahora envolvía por completo la nave.

—¡El profesor Wellington...! — llegó a articular.

Pero ellos no la comprendían, extrañados solamente de que la noche se hubiera hecho de nuevo.

—Debe de ser un eclipse — dijo Steson.

—¡No! —protestó la muchacha—. Es una niebla que ha llegado del bosque... ¡Yo he visto sus garras!

La miraron, con un fruncimiento de entrecejo.

—Está usted muy nerviosa — dijo Tubler.

Ella no dijo nada.

Justamente, la oscuridad fue cediendo y poco después la niebla se alejaba hacia el bosque.

Entonces, todos, desde el amplio ventanal de la sala de salida, pudieron ver lo que quedaba del profesor.

Una piel vacía, como un odre arrugado.

La niebla, «ella», se alejaba ya, atravesando velozmente el bosque de helechos.

* * *

—¿La ves, amigo?

Alan asintió.

Sentía frío, pero no era debido al de la niebla, sino al temor que la contemplación de ésta le procuraba.

La estaba viendo desde lejos, avanzar sobre las colinas, dirigiéndose hacia el bosque, hacia la astronave.

—No creo que pueda hacer daño al aparato — dijo, como si hablase consigo mismo.

—Soy de tu opinión — comentó Ikumi.

Ahora el joven se daba cuenta de la naturaleza exterior del Gran Peligro y comprendió el significado de la palabra «Bahmenko» con la que los venusianos lo designaban.

—Ya es raro — dijo —, una niebla que se mueve sin una gota de aire que la impulse.

Volvió la cabeza, contemplando la hilera interminable de «kumos» que, desde lejos iban hacia las colinas. Todos ellos iban cargados con hojas verdosas, de grandes dimensiones, que sacaban de las aguas azules del lago.

—¿Crees que tu idea nos servirá de algo?

Había sido Aleski el que formuló aquella pregunta y su compañero Ikumi le dirigió una rápida mirada de reproche.

Pero Alan sonrió, comprendiendo las dudas del «kumo».

—No perderemos nada probando. Ya sabéis que me interesé por las burbujas que estabais aprovechando en el fondo del lago. Luego, cuando me di cuenta de que eran producidas por plantas que respiraban allá, exhalando oxígeno, tuve la idea de sacar esas plantas, hacer unas excavaciones que llenaríamos de agua, para permitir que respirasen y encender hogueras alrededor. Así, el oxígeno avivaría las llamas, impidiendo que el carbónico las apagase.

—Irki tenía razón al confiar en ti — dijo Ikumi.

—Ya veremos — musitó Alan.

Volvió nuevamente la cabeza, contemplando el avance de la niebla. Ahora estaba, con toda seguridad, sobre la astronave.

Después, recordando el poder de los «kumos», se dirigió a su amigo.

—Ikumi...

—¿Qué quieres?

—Desearía saber si le ha pasado algo grave a mis amigos. ¿No podríais hacer el «armek»?

—En seguida.

Unieron las manos, los tres «kumos», concentrándose con toda la intensidad de sus mentes. Durante un buen rato, casi diez minutos, permanecieron así; luego, despegándose las manos, Ikumi comunicó:

—Uno de tus amigos ha muerto.

—¿Eh?

—Sí. Salió del aparato, con redes, para cazarnos. El Gran Peligro lo ha devorado.

—¿El biólogo?

—Sí, Stan Wellington. ¿No se llamaba así?

—Eso es; pero... ¿cómo conocéis su nombre?

—Lo hemos leído en la mente de los demás. Están aterrados y no saldrán del aparato. Sólo hay...

—¿El qué?

Se miraron, como si les pesase haber dejado escapar aquellas dos palabras comprometedoras.

—¿Qué queréis decir? r—insistió el joven.

—Hay una de vuestras criaturas que está dispuesta a salir..., para buscarte.

—¿A mí? ¿Quién es?

—Es un ser de esos que tú llamas «mujeres». Se llama Diana Cowerland.

Alan se estremeció de pies a cabeza.

CAPÍTULO IX



EDIO millar de orificios había hecho, recubriéndolos interiormente con un barro que los venusianos habían extraído del fondo del lago y que era impermeable, obviando así la fragilidad ¿el suelo de las colinas.

Sirviéndose de recipientes primitivos, hechos con aquel légamo, trajeron agua, en pequeña cantidad, para las grandes plantas que habían arrancado del fondo del lago.

Todos trabajaban.

Alan había ordenado que los orificios describiesen pequeños círculos, de modo a alojar el mayor número de venusianos en el interior, protegidos por las llamas de las hogueras, que serían alimentadas desde la parte interior.

El viejo Irki siguió con interés los preparativos y tanto le convencieron los procedimientos del terrícola que optó por abandonar su cueva, cosa que nunca había hecho, trasladándose al círculo donde Alan y sus más importantes amigos iban a colocarse.

La niebla se movía por el este.

Dalt hizo que el trabajo se acelerase, contemplando con satisfacción la enorme cantidad de materia combustible que los «kumos» habían, acumulado en el interior de cada uno de los círculos. De aquel combustible y de su gasto ordenado dependía la efectividad de una lucha que iba a desencadenarse dentro de poco tiempo. La niebla se acercaba.

«Ella» estaba tranquila.

Había degustado muchos animales en su largo viaje desde el norte; luego, cuando ya se lanzaba hacia la región «kumi», un olor, completamente desconocido, le llegó del sur. Y se lanzó hacia allá, descubriendo aquella especie de objeto plateado, del que acababa de salir una criatura que despedía un apetitoso aroma.

Y lo había devorado.

Estaba contenta, pero no satisfecha. Sabía perfectamente que necesitaba, en las tres semanas de su vida activa, miles de presas para calmar la intensidad de su formidable apetito.

«Ella»...

Pero, sabiendo que los «kumos» abundaban en las colinas, no se apresuraba demasiado, digiriendo la presa que acababa de devorar y complaciéndose en sobrevolar los viejos bosques de helechos.

Estirando sus brazos múltiples, negros como la tinta, se balanceaba, de un lado para otro, como si desease distraerse, mientras avanzaba hacia las preciadas colinas.

Todavía tenía el «regusto» de la extraña carne que acababa de devorar y había en ello como un respeto a guardarlo el mayor tiempo posible, antes de hartarse de aquella basta carne cuyo sabor conocía de memoria.

Alan la contempló, cuando dejaba el bosque.

—Hay que apresurarse. Dad la orden de encender los fuegos.

Poco después, miles de hogueras, en forma de círculos, se dibujaban en las colinas. Dentro de aquellos anillos protectores, los «kumos», no del todo seguros, miraban, con terror, la marcha de la niebla hacia ellos.

Era el momento decisivo.

La niebla se acercó, apresurándose, extrañada de aquel resplandor que no conocía pero que la intranquilizaba bastante.

Al sentir el calor del fuego, que ardía intensamente, la niebla se recogió sobre sí misma, aterrada, estremeciéndose al conocer a su más espantoso enemigo, el que la hacía huir de todas partes.

Sólo una vez se habla atrevido, tanto por curiosidad como por ignorancia, a la zona de los volcanes, que una raza más evolucionada que los «kumos» habitaba; pero pronto se dio cuenta de que aquellas presas no eran para ella y huyó de allí, estremeciéndose aun de la insoportable sensación que la proximidad del fuego le había producido.

Y ahora...

Se movió, de un lado para otro, sin comprender lo que ocurría, esperando encontrar un camino sin llamas para devorar la carne, cuyo olor la invadía aumentando su apetito hasta lo indecible.

Pero los círculos estaban perfectamente cerrados y no había nada que hacer.

Se alejó, pero sólo un poco.

Su inteligencia fabulosamente trabajaba a toda velocidad, sopesando los pros y los contras de aquella sorprendente situación. Poco a poco, razonando, llegó a la conclusión de que aquellos fuegos terminarían por extinguirse — su profundo conocimiento del planeta se lo hacía comprender —. Y por eso, precisamente por eso, tenía que esperar, pacientemente, reteniendo el ansia que la impelía hacia adelante, frenando el impulso de su apetito gigantesco.

—No se atreve a acercarse.

Ikumi asintió, con aquel gesto que era en los venusianos el equivalente de la sonrisa humana.

—Es todo un triunfo — dijo.

Pero Alan pensaba en la cantidad de combustible que se necesitaría para resistir mucho tiempo, muchísimo, ya que sabía que la niebla era capaz de permanecer tres semanas en el mismo sitio.

Era un problema.

No quería, en modo alguno, defraudar a sus amigos; pero, en realidad, había tenido muy poco tiempo para preparar una defensa que hubiese exigido toda una temporada para ser completamente efectiva.

Ikumi le tocó el brazo.

—Sé en lo que estás pensando, amigo — dijo, dulcemente, en voz baja —. Pero ya veremos si podemos salir en busca de más combustible. Por ahora tenemos bastante. Además — agregó —, toda lucha significa pérdidas.

—Tienes razón. Lo importante es vencer.

La niebla seguía rondando.

Se había percatado de la cantidad de combustible acumulado detrás de las hogueras, aunque no llegaba a comprender cómo el fuego ardía así en la atmósfera del planeta.

Tenía que esperar...

* * *

Diana encendió un cigarrillo justo cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Fred apareció en el umbral, pálido como de costumbre, sin atreverse a mirar fijamente a la muchacha.

—Pase, Farrell. Y cierre la puerta.

Obedeció, sentándose en uno de los sillones.

Durante un buen rato, un silencio pesado se estableció entre ellos. Parecía como si no estuviesen juntos, aunque era fácil adivinar que sus ideas seguían el mismo camino.

Fue Farrell quien rompió el silencio.

—He venido a pedirle perdón, Diana.

—¿Perdón? —ella se sobresaltó, como si la voz del joven hubiese roto el encanto de la «rêverie» en que estaba sumida.

—Sí. He obrado como un canalla y debo, al menos, conseguir que usted me perdone.

Ella sonrió.

—Todo eso está ya olvidado, Fred.

—¿De veras?

—Sí.

Y después de una pausa, dijo:

—Lo que me preocupa ahora, desde lo ocurrido al profesor Wellington, es la seguridad de Alan...

—¿Cree usted que esa cosa horrible...?

—Tengo mucho miedo, Fred.

Él tragó saliva, con visible dificultad.

—Le... quiere usted mucho, ¿verdad?

Asintió la muchacha con la cabeza.

—Lo comprendo. — Y animándose, elevando el tono de la voz —: ¡Tenemos que hacer algo por él!

—Yo ya tengo mi plan.

—¿Cuál?

Voy a salir del «Ícaro» y buscarle. No puedo permanecer aquí tranquilamente, mientras él corre el horrible peligro de esa niebla negra.

—Pero... ¿va usted a salir?

—Sí.

La muchacha se dio cuenta de cómo luchaba él contra sus temores, de cómo peleaba contra su cobardía, aquel cepo que le había aprisionado desde siempre.

—No hace falta que me acompañe; de verdad, Fred.

Él se irguió, de golpe, como si fuese otro. Como si una fuerza que había desconocido hasta entonces le animase desde dentro.

¿Cómo qué no? ¡Claro que iré con usted! Voy a preparar las armas y saldremos en busca de Alan.

—¿Y el señor Crowdall?

—¡Nada me importa! Ni él ni nadie me impedirán salir en busca de mi amigo Alan.

Diana sonrió, agradecida y admirada.

Momentos después, en el salón donde estaban los demás, prepararon sus equipos.

John levantó la vista del libro que leía.

—¿Dónde van ustedes?

—En busca de Alan — repuso Fred Farrell, con firmeza.

—¿Se han vuelto locos? ¿O no es bastante lo ocurrido a Wellington?

—Nada nos importa.

—Además, ¿qué creen que van a encontrar, pareja de ilusos? Una piel vacía como la que está ahí afuera.

—¡Cállese! — gritó Diana, angustiada hasta lo indecible.

Pero John se había puesto en pie.

—Usted, Farrell, no se va. Estoy repasando los cálculos para erguir el «Ícaro» y creo que podría hacerlo igual que Dalt. Utilizando los cohetes auxiliares...

—Pierde el tiempo, señor. Yo me voy.

—¡Quédese! ¡Es una orden!

—Ya no hay órdenes, señor Crowdall... Se han terminado, del mismo modo que nuestras esperanzas de salir de Venus si Alan no regresa...

Señaló el libro con desprecio.

—¿Sabe usted cuántas veces lo he leído ? ¡Miles ! ¿Y qué? Dalt no lo necesita. Porque es un verdadero piloto del espacio. Porque ha hecho esa operación centenares de veces.

Y dio un paso hacia la rampa.

—¡Usted se queda aquí!

Diana vio que John echaba mano a la funda de la pistola.

Pero Fred fue mucho más rápido.

Se lanzó sobre el magnate, golpeándole, certeramente, con la derecha, en

el mentón.

John Crowdall se desplomó pesadamente.

—¡Vamos, Diana!

La joven le siguió y cuando la rampa hubo aparecido, Fred, dirigiéndose a los otros, dijo:

—Hagan el favor de cerrar cuando salgamos.

Cogía ya el brazo de la muchacha cuando una voz aguda sonó a sus espaldas.

—¡Esperen un momento, señores! ¡Yo también voy en busca del capitán!

Era el chino que, con un enorme rifle, se unió a ellos.

* * *

Una de las plantas murió al atardecer.

Nadie se explicó cómo podía haber ocurrido. El fuego, en una serie de agujeros, se extinguió, como si un gigante hubiese soplado sobre ellos.

Si la niebla hubiese podido sonreír, lo hubiera hecho.

Pero no perdió tiempo en pequeñeces.

Ávida como estaba, se lanzó velocísimamente hacia los venusianos que, al darse cuenta de la catástrofe, intentaron refugiarse en los círculos próximos.

Vano empeño.

Docenas de largos y nudosos brazos, acabados en garras afiladas, surgieron del seno de la niebla. Y aquellas manos, con una precisión fantástica, con una premura ansiosa, se fueron apoderando de los hombrecillos verdes, haciéndolos desaparecer en la imponente masa de negrura. ,

El resto de los venusianos se estremecieron al contemplar, como nunca lo vieron ni lo imaginaron, el modo con que la niebla devoraba a los suyos. Y las miradas medrosas se fijaron aterrorizadas en las hogueras, en los agujeros donde palpitaban las plantas.

—¿Qué ha podido ocurrir? —inquirió Ikumi.

—Sólo una cosa: que han acercado demasiado la hoguera al orificio y el calor ha evaporado el agua. Comunica a todos los demás que no cometan ese lamentable error.

Utilizando el poder mental, Ikumi y sus amigos dieron instrucciones concretas y se vio que los «kumos» evitaban que los fuegos se acercasen demasiado a los charquitos donde latían las plantas.

«Ella» estaba satisfecha.

Sí, por el momento, sus fibras ocultas palpitaban de la energía que había extraído de los cuerpos de sus víctimas que ahora, reducidos a pieles vacías, yacían junto al círculo de brasas apagadas que les había protegido.

Había sabido esperar y no podía dudar ni un solo instante que lo que había ocurrido se repitiese de nuevo.

Un poco de paciencia.

Poco a poco, los fuegos se irían apagando y «ella» podría ir saciando el apetito y guardando energías, en lo profundo de su ser, para poder resistir el prolongado reposo estival, entre los hielos del norte.

Alan se preocupó por ver que los venusianos habían obedecido sus instrucciones y después de inspeccionar desde su círculo el estado de las hogueras de los otros, volvió junto a Ikumi, sentándose a su lado.

—Todo va bien — dijo.

Pero había algo, en los ojos de su amigo, que le llamó poderosamente la atención.

Lo difícil, con aquellos extraños seres, era poder deducir algo de la expresión de su rostro. La inmovilidad de los rasgos llegaba a ser desesperante.

—¿Pasa algo, Ikumi?

El venusiano bajó la cabeza, como si luchase con algo impalpable. Había entornado los ojos y parecía medio dormido.

Alan esperó, sabiendo que una de las buenas cualidades de los hombrecillos verdes era que no podían mentir.

Transcurrieron cinco minutos antes de que Ikumi despegase sus labios.

—Pasa algo malo, amigo.

—¿Qué?

—Es en tu aparato.

Dalt se estremeció.

Por un momento, sobrecogido, pensó que Fred había logrado despegar, dejándole allí... para siempre.

—¿Se han ido? —inquirió con voz angustiosa.

—No. Tres seres han salido. Dos «hombres» y una «mujer».

—¿Quiénes son?

—Espera que me concentre...

Cerró los ojos.

—Uno de ellos es Fred Farrell, la mujer es la de siempre, Diana Cowerland..., el otro es Than-shu.

—¡El chino! ¿Qué diablos quieren hacer?

—¡Buscarte!

—Pero eso es una locura... la niebla...

Y levantó la cabeza, mirando al enemigo.

Justamente, en aquel momento, «Ella» se habla erguido, tomando la forma de una pirámide; luego, lentamente, empezó a orientarse hacia el este, moviéndose lentamente.

—¡Ha debido verlos! ¡Los devorará!

Y así era.

«Ella» sintió los maravillosos efluvios de aquellos cuerpos suyo sabor conocía.

Era un regalo magnífico, ya que los comería mientras esperaba que el fuego de los «kumos» se apagase.

Se puso en acción.

Por eso, guiada por el aroma delicioso que llegaba hasta ella, empezó a moverse hacia el este, despacio, gozando de lo que se preparaba, relamiéndose por anticipado...

CAPÍTULO X



L corazón de Dalt empezó a latir con fuerza.

—¡Tengo que ir a salvarlos! ¡No puedo abandonarlos!

Ikumi le miró, con sus grandes ojos redondos.

—Es imposible, amigo.

—¡Poco me importa!

Y poniéndose en pie preguntó:

—¿No te das cuenta de que sería un crimen dejarlos a merced de ese monstruo? ¿Es que no sabes aún que estoy enamorado de esa muchacha?

Pero, al darse cuenta de sus palabras, que no poseían significación alguna para el venusiano, sonrió, tristemente.

—Perdona, amigo.

—¿De qué?

—No importa ahora. Pero voy por ellos.

Cogió los rifles, de los que no se había separado, disponiéndose a pasar al otro lado del fuego.

—¡Espera!

Se volvió, mirando a Ikumi.

—No puedes ir solo — dijo éste —. Tengo un plan.

—¿Cuál?

—Ahora verás... ¡Aleski! ¡Umika!

Habló con ellos, en su lenguaje de melodiosos silbidos; luego, cuando terminó, los otros dos cogieron un recipiente de agua con la planta dentro Umika se quedó con el recipiente y Aleski se cargó con combustible.

Entre tanto, Ikumi había confeccionado una rústica antorcha que encendió en el fuego más próximo.

—Yo podemos irnos — dijo.

Alan comprendió las intenciones de su amigo y sonrió, agradecido.

Caminando al lado de Ikumi, Aleski proporcionaba el oxígeno necesario para la combustión. Y los cuatro, junto al fuego, avanzaron rápidamente hacia el bosque.

La niebla los había visto.

Asombrada, detuvo su marcha, volviéndose parcialmente para contemplar a aquellas atrevidas y frágiles criaturas. Luego se acercó a ellas, dándose cuenta de que el fuego las protegía.

Pero, al percatarse de la exigua cantidad de combustible que uno de ellos acarreaba, se sintió gozosamente impresionada, diciéndose que la buena suerte se ponía definitivamente de su lado.

El olor de los otros le llegaba, cada vez más fuerte, desde el lindero interior del bosque. Pero, como no tenía prisa alguna, siguió a Alan y sus amigos, viendo con placer cómo el montoncito de combustible se iba consumiendo irreparablemente.

Alan también se percató de ello.

La niebla estaba mucho más cerca que nunca, envolviéndolos casi por completo, deseosa de abalanzarse sobre ellos cuando la llama se apagase.

Cosa que no podía tardar mucho.

Se estremeció.

Dalt había confiado en avanzar más rápidamente mientras la niebla buscaba a los otros. No sabía qué hacer, ni tenía, por el momento, plan alguno para defenderse y defender a los demás de aquel engendro monstruoso.

Siguieron avanzando.

Poco a poco, el combustible se fue consumiendo y Alan vio que no quedaba más que una brazada en las manos del venusiano.

Estaban llegando al bosque.

Justo, en aquel momento, vio aparecer a Diana, Fred y el chino entre los árboles de la linde.

—¡Corramos! —ordenó.

Lo hicieron, cubriendo la distancia que les separaba de los otros en el preciso instante en que «Ella» se disponía a lanzarse sobre los terrícolas.

Llegaron con precisión, aunque para Than-shu no valió aquella estratagema, ya que la niebla se apoderó de él, que se había rezagado un poco.

Un alarido espantoso surgió de la negrura que les envolvía.

—¡Avivar el fuego!

Encendieron la última brazada, haciendo que el contorno negro de la niebla retrocediese un poco; pero todavía resonaba en los oídos de todos el alarido del chino.

Diana y Alan se abrazaron, fuertemente, como si previesen el irreparable final.

«Ella» se cernía sobre ellos, sobre la vacilante llamita que iba agotándose poco a poco.

La mente de Alan funcionaba a toda velocidad.

¡No podía consentir que todo terminase de aquella absurda manera, sobre todo ahora, que tenía a Diana en sus brazos!

—¡Los cartuchos! — aulló.

Fred le comprendió en seguida y juntos se pusieron a desmontar los cartuchos, sacando la preciosa pólvora del interior.

—Hay que trazar un camino estrecho para ir avanzando hacia la astronave — dijo Alan, enfebrecido por la esperanza.

Fred exclamó:

—¡Fantástico!

—Tú y yo, iremos echando pólvora y tú, Diana, la encenderás a medida que vayamos avanzando. Así formaremos una doble cortina de fuego. No os importe chamuscaros un poco.

Pusieron la pólvora en sendas bolsas de plástico, vertiendo un reguero apenas perceptible.

—Tú, Ikumi, coge el bozal con la planta y marcha el primero, entre los regueros de pólvora. Necesitamos oxígeno para la combustión.

Pero el venusiano movió la cabeza.

—La planta — dijo — se está muriendo.

Con un estremecimiento de horror, Alan comprobó que el hombrecillo no se había equivocado. El calor de la antorcha había evaporado casi la totalidad del agua, del recipiente y el ser que había en su interior iba tomando un macabro color negruzco.

Diana le tocó en el hombro.

—Lo siento, querida. Todo es inútil.

Pero ella sonrió.

—¿Y si utilizásemos el oxígeno de nuestros depósitos?

—¡Eureka! Tenemos más que suficiente para avivar la pólvora... ¡Ahora verá esa maldita niebla! ¡Jamás habrá visto llamas más imponentes!

Se quitó la máscara espacial y desmontó rápidamente los depósitos, siendo

imitado por Fred y la muchacha.

La llamita que sujetaba uno de los venusianos estaba muriéndose.

—¡Aprisa! —instó el joven.

Momentos después, la llama entraba en comunicación con la pólvora. Alan de un lado y Fred por el otro, proyectaban un chorro de oxígeno.

Pareció como si el bosque ardiese.

«Ella» sin poder gritar, lanzó, no obstante, un rugido profundo, huyendo de aquella cegadora claridad.

Su negrura se alejó.

El pasillo siguió lanzando vivísimas llamaradas y así atravesaron el bosque, llegando a la explanada y viendo la astronave.

—Ponte la máscara.— dijo Alan a la muchacha — y utiliza la radio de largo alcance. Di a los del «Ícaro» que no salgan y que no nos abran hasta que estemos junto a la rampa.

Ella obedeció.

La niebla planeaba furiosa sobre sus cabezas. Nunca había visto un resplandor tan vivo y el miedo se apoderó de «Ella», haciéndose que se elevase un poco más.

Esperaba, no obstante, su oportunidad.

Pero ésta no se produjo.

Al llegar junto a la astronave, los venusianos, bajo las órdenes de Dalt, hicieron un círculo de pólvora que les protegió perfectamente hasta que la rampa estuvo cerrada tras ellos.

¡Habían triunfado!

* * *

—Y eso es todo — terminó diciendo Alan, mirando a los profesores que le habían escuchado atentamente.

Los tres venusianos estaban en un rincón.

—¡Lo que yo quiero es partir inmediatamente! — rugió John.

Alan se acercó a él.

—Escuche, señor Crowdall —- dijo, con voz tranquila —: vamos a partir inmediatamente, pero sólo será por unos momentos; después aterrizaremos de nuevo.

—¿Cómo?

—Sí. Hay que dejar a mis amigos con los suyos.

—Pero....

—Déjeme seguir. Si voy a elevarme es porque deseo librarles, para siempre, del peligro de la niebla que, en realidad, no es más que una criatura protoplasmática, y me gustaría que el pobre profesor Wellington estuviese aquí para comprobarlo. Es un ser primitivo, gigantesco, una enorme ameba,

una forma inicial de la vida..., quizás el único que existe en nuestro universo.

—¿Piensa destruirle?

—Sí.

—¿Cómo?

—Eso lo verá usted muy pronto... pero aún tengo que decirle algo, olvidando todo lo que ha pasado. He descubierto, al otro lado de las colinas, terreno firme donde podrá construir todo lo que desee.

—¿De veras...?

—Sí. Cuando hayamos terminado con la niebla, aterrizaremos allí.

John enrojeció.

—Le estoy muy agradecido, capitán...

—No tiene importancia. ¡Fred!

—¡A la orden!

—Vamos a poner los secundarios en marcha... ¡Todo el mundo a los sillones! ¡Pónganse los cinturones de seguridad!

Se dirigieron a la cabina de mandos y poco después el «Ícaro» tomaba la posición vertical, dispuesto para elevarse.

Así lo hizo.

Con un rugido de sus poderosos motores atómicos, la astronave se elevó, inclinándose en seguida bajo el mando de Alan.

Éste no quería alejarse.

Una vez conseguida una altura, de tres mil pies, ordenó un viajé horizontal, sobrevolando, momentos después, la zona de las colinas.

Los fuegos de los venusianos eran apenas visibles.

Pero él vio la niebla, como una mancha de tinta china sobre el suelo. Y, en una operación magistral, que demostraba su pericia, entró en picado, girando al llegar a su altura, y lanzando el chorro de sus seis toberas rugientes sobre el monstruo.

Herida de muerte, la niebla se deshizo, desintegrándose, perseguida por el «Ícaro», que fue destruyendo las porciones, hasta que no quedó más que un vapor estéril que se elevaba dulcemente hacia el cielo.

Aterrizó momentos más tarde, en la región pedregosa.

EPÍLOGO

Toda la raza «kumo» estaba allí, congregada en la planicie.

Alan, junto a John y los demás, se despedía de los venusianos.

El magnate parecía loco de contento.

Dalt había dado instrucciones a, los «kumos» y éstos habían prometido reunir el material necesario para que, cuando regresasen, pudiesen empezarse los trabajos para la construcción de los dos edificios que Crowdall deseaba levantar en aquella región.

La mano de obra venusiana iba a facilitar muchísimo las cosas; pero ¿qué no hubieran hecho por el hombre que les había librado del Gran Peligro?

—Aprenderemos a vivir como vosotros — decía Ikumi—. Nos reuniremos en ciudades.

—¡Estupendo!

—Ya, no hay temor alguno del Gran Peligro. ¡«Bahmeko» ha desaparecido para siempre!

—Eso no debe preocuparte, amigo mío. Os traeremos muchas cosas, muchos utensilios y maquinarias para que podáis variar las condiciones de vuestra existencia. Y esperamos que seáis más felices.

—Lo seremos.

Momentos después, una vez cerrada la rampa, el «Ícaro» se elevaba, majestuoso, sobre el suelo de Venus.

El planeta se alejó velozmente.

Abandonando los mandos a Fred, Alan pasó al salón, donde Diana y la doctora habían servido el desayuno.

La ausencia del chino y del profesor se notaba.

—Quería decirle algo, señor Crowdall.

—Dígame, querido Dalt.

—Usted va a construir dos grandes edificios en Venus, ¿verdad?

—Eso es.

—Pues quisiera, si no le parece mal, que llamásemos a uno «Edificio Wellington» y al otro «Edificio Than-shu».

—¡Maravillosa idea! Así se hará.

—Gracias.

Alan fue a sentarse junto a la muchacha.

—¿Contento? — preguntó ella.

—Mucho.

Echaron una ojeada por el ojo de buey.

Allá lejos, Venus no era más que un punto brillante.

—Me llevo muy hermosos recuerdos de ese planeta — dijo él.

—Yo también. Hemos dejado muchos amigos allí.

—Pronto volveremos a verlos. Venus se convertirá en un mundo lleno de vida, con una civilización magnífica.

—¿Y... nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde viviremos?

Él la sonrió.

—Donde tú quieras.

Hubo una pausa.

—¿Qué te parece — inquirió después ella — si nos instalásemos en Venus?

—Me parece bien.

—Hay mucho que hacer allí y, sobre todo, vigilar un poco al señor Crowdall.

—¿Qué quieres decir?

Diana sonrió.

—Querido, como todos los hombres grandes eres un poco niño...

—¿Por qué?

—Porque no conoces a los hombres como Crowdall. Si tú estás cerca, si tu presencia le recuerda todo lo que hiciste por él, las cosas irán bien y respetará los derechos de los «kumos».

—Comprendo.

—¿O es que quieres que se repita, en Venus, la historia de los pieles rojas?

—Eso pasó ya, cariño.

—No lo creas. El hombre seguirá intentando someter a los pueblos inferiores, a las razas del espacio... Somos así, querido.

—Tienes razón, Diana.

—Claro.

—Pero no debes preocuparte. Estaré al lado de Ikumi y de mis amigos y haré que John no se separe del camino recto.

—Eso me gusta más. ¿Por Venus entonces?

Había levantado la copa.

—¡Por Venus!

Bebieron y después, acercándose, se besaron.

Desde sus habitaciones, los viejos profesores sonrieron. También sonrió la doctora, aunque había una pequeña luz de envidia en sus ojos.

Hasta que apareció Fred.

—He conectado el automático, capitán — dijo.

—Bien hecho, muchacho.

El copiloto se sentó al lado de Dolly y ésta le sonrió.

Momentos más tarde sus manos se entrelazaron sobre la mesa.

Demasiado rápido, ¿verdad?

Pero no se extrañen.

El «Ícaro», en aquel momento, se movía en el espacio a más de ochenta mil kilómetros por hora. Así, con esa aceleración, no era raro que los corazones humanos batiesen Un poco aprisa.

Si no, vean lo que piensa John Crowdall...

Está contando — ¡el muy avaro! — lo que ganará, el próximo año, cuando construya los dos edificios en Venus. Y sonríe— ¿saben por qué? —al imaginar lo poco que va a costarle la mano de obra.

¡Esos «kumos» están tan agradecidos!

Pero se equivoca.

Porque Diana y Alan van a demostrarle que los tiempos de los indios han desaparecido y que ningún Crowdall está autorizado a construir un imperio sobre las espaldas verdes de los hombrecillos de Venus.

* * *

Los animales del norte están extrañados

Han pasado las semanas y «ella» no ha regresado, como hacía cada año, devorando, por pura glotonería, todo lo que encontraba a su paso.

No, no ha vuelto.

Ni volverá jamás.

Por eso, porque quizás intuyen la verdad, sin conocerla, los animales polares de Venus parecen más tranquilos. Y las hembras, seguidas de sus pequeñas crías, se zambullen alegremente en la helada hondura del agua.

Pueden estar tranquilos.

Porque la niebla, la niebla mortal ha dejado de existir. Y el universo, alejándose de las monstruosas formas primitivas, camina hacia horizontes

nuevos, donde la paz será el aire que respiren los que lleguen a aquellos tiempos del futuro...



¡PERTENECÍA A LA GUARDIA SOLAR! ¡LA AGUERRIDA UNIDAD DE VIGILANCIA Y POLICÍA, CUYOS MIEMBROS TAN ORGULLOSOS ESTABAN DE SU ORIGEN TERRESTRE... AUNQUE YA NADIE SUPIERA DÓNDE SE HALLABA LA TIERRA!

¡PERO, CUANDO ESTALLÓ LA GUERRA EN AQUELLA GALAXIA, LOS TERRESTRES FUERON PERSEGUIDOS, RESTÁNDOLES SÓLO LA ESPERANZA DE HUIR A SU PLANETA DE ORIGEN!

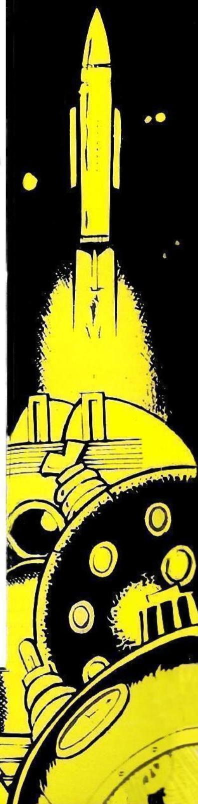
PERO ¿CÓMO ENCONTRARLO? ¿CÓMO SALVAR TANTAS DIFICULTADES?

La guardia solar

¡ESTA NARRACIÓN, LLENA DE PERIPECIAS Y EMOCIONES, RELATADA CON EL DINÁMICO ESTILO DE **CLARK CARRADOS**, LE DELEITARÁ CON SU FANTASÍA, LA PRÓXIMA SEMANA!

La guardia solar





Escena de YO FUI EL DOBLE DE MONTGOMERY

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos